LUIS PARÍS

El Príncipe Sergio

DRAMA

en cinco actos y en prosa

POR

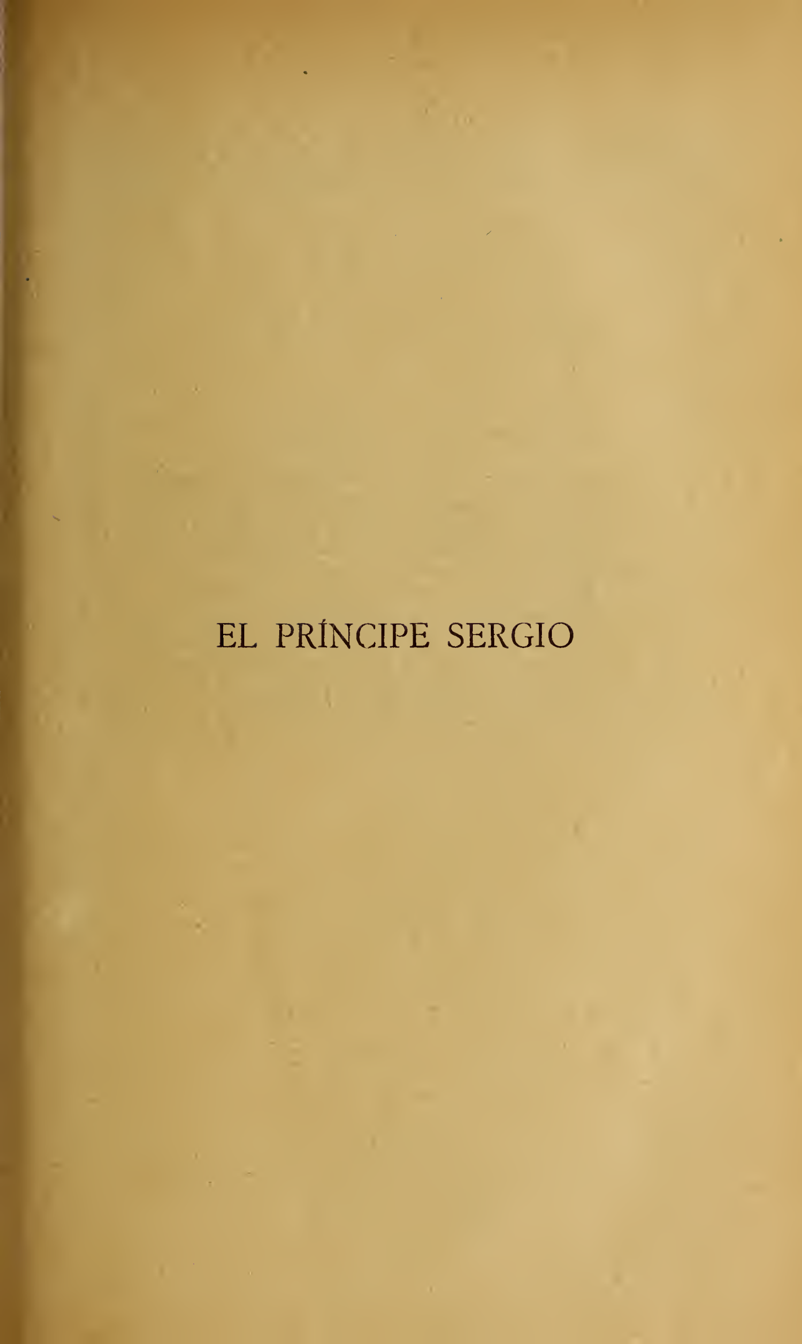
JORGE OHNET

TRADUCCIÓN CASTELLANA

Precio: TRES pesetas

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906



EL PRÍNCIPE SERGIO

EL PRÍNCIPE SERGIO

DRAMA

en cinco actos y en prosa

POR

JORGE OHNET

traducción castellana por

LUIS PARÍS

Representado en Madrid, por primera vez, con éxito extraordinario en el TEATRO DE LA PRINCESA el 20 de Noviembre de 1897



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1906

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARCELA, *viuda de Desvarennes*	Sra.	Alverá de Nestosa.
JUANA DE CERNAY	Sra.	París (T.)
MICAELA DESVARENNES		Tubau de Palencia.
SUSANA HERZOG	Srta.	Nestosa.
UNA DONCELLA.		
EL PRÍNCIPE SERGIO PANINE	Sr.	García Ortega.
PEDRO DELARUE		Morano.
CAYROL		Valero.
MARECHAL		Villanova.
HERZOG		Prado.
SABINO		Marín.
LA BREDE		Porredón.
DU TREMBLAYS		Pérez.
UN CRIADO.		
UN INVITADO.		
UN COMISARIO.		

ÉPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

Las oficinas de la «Casa Desvarennes». Puerta al foro y laterales. Escritorio á la derecha frente á una ventana. Caja de caudales. En las paredes, cartelones de los vapores de la Casa. Pupitre con el Diario y el Mayor. Armario grande con muestrario de trigos y harinas. Canapé, butacas y sillas volantes de cuero.

ESCENA PRIMERA

SABINO y MARECHAL

SAB. (Entrando por el foro.) Buenos días.

MAR. (Sin dejar de trabajar en el escritorio ante el cual está sentado.) Muy buenos.

SAB. ¿Está mi tía?

MAR. Muy ocupada.

SAB. Bien, la esperaré. (Sentándose. Pausa.) Siempre trabajando, ¿eh?

MAR. Ya lo ve usted.

SAB. En cambio, yo, aburridísimo en fuerza de divertirme.

MAR. Pues trabaje usted.

SAB Eso quisiera; pero mi tía me señaló una pensión de dos mil francos mensuales con la única condición de que no haga nada, de que no intente ningún negocio, porque podría perjudicarla.

MAR. No sería la primera vez...

SAB. Bien á mi pesar. He quebrado dos veces, es cierto, y mi tía tuvo que pagar. Pero, ¿se juzga acaso á los grandes inventores por sus primeros fracasos? En lugar de animarme...

MAR. ¿Aun más?

SAB. Me reduce á la inacción y á la holganza, y heme aquí aburrido, triste,... siempre en el teatro, en los paseos... ¡Bonita existencia!

MAR. (Sin dejar de trabajar.) Magnífica.

SAB. Sí, magnífica; pero en ella pierdo el tiempo, el dinero, las ilusiones y... el pelo. (Levantándose y paseando.) ¡Esto no puede seguir; ya estoy harto! Tengo una idea y vengo á comunicársela á mi tía. Presiento la fortuna y quiero recobrar mi libertad.

MAR. (Aparte.) Cara va á costar.

SAB. Aquí en esta atmósfera de trabajo, de actividad, es donde yo viviría. Me siento otro. ¿Van bien los negocios?

MAR. Soberanamente.

SAB. ¿Conque ahora tenemos una flota?

MAR. De vapores, para el transporte de granos por cuenta propia.

SAB. ¡Y pensar que la cuna de toda esta inmensa fortuna, de esta casa tan famosa fué una modesta panadería! ¡Vaya un talento de mujer! ¡Vaya una actividad y una energía! ¡Claro; así no hay quien la resista! Tiene un carácter, que algunas veces, si no fuera mi tía... Sólo su hija es capaz de dominarla.

MAR. Naturalmente. Micaela vino al mundo después de muchos años de casados sus padres, y la señora, para recuperar el tiempo perdido, adora á su hija con locura frenética.

SAB. Pero diga usted, hombre impenetrable, ¿qué se dice en esta santa casa?

MAR. ¿De qué?

SAB. De la boda.

MAR. ¿De Juanita?

SAB. No; de Micaela

MAR. Ya sabe usted que Pedro Delarue, mi amigo y protector, el prometido de la señorita, sigue en Africa.

SAB. Sí; levantando planos para un proyecto de mar interior en el Sahara. Un proyecto que me robaron... Pero no se trata ahora de Pedro, sino de otro.

MAR. Eso es falso.

SAB. ¿Falso? ¿Falso? Pues todo París lo sabe. El rival de Pedro es el príncipe Sergio.

MAR. (Visiblemente contrariado.) El príncipe no ha puesto los pies en esta casa desde hace tres semanas.

SAB. ¿Luego estuvo antes? ¡Bah! Tranquilícese usted; me importa poco que mi prima se case con el uno ó con el otro, por eso no he de ser ni más pobre ni más rico. Pero acaba usted de decir que también se casa Juanita; ¿y con quién?

MAR. Cayrol ha pedido su mano.

SAB. ¿Cayrol? ¿Ese bruto? ¿Tal avaro se permite esos lujos?

MAR. Así parece; pero según creo, Juanita no acepta.

SAB. Está loca... Aunque Cayrol podría ser su padre, ¿dónde iba á encontrar mejor partido? No tiene un céntimo; es casi una inclusera. Si no hubiera sido por mi tía que la recogió... Usted conocerá seguramente la historia. Aun no había nacido Micaela, cuando el castillo de Cernay, situado junto á la fábrica de harinas, fué puesto en venta. El conde de Cernay, su antiguo propietario, había muerto dejando innumerables deudas y una niña de seis años hija suya y de una célebre cantante. Cuando mi tía compró el castillo, se encontró en el fondo de un corredor obscuro una criatura vestida de negro que no figuraba en el inventario. Sonrió la niña tendiéndola sus manecitas; mi tía la cogió en brazos, y se quedó con el castillo y con la chiquitina. ¿Y ahora esa noble huérfana se permite despreciar la mano de un millonario? ¿Ella, la hija de un conde arruinado y de una tiple... ligera...?

MAR. Lo que no impedirá que Cayrol insista en sus pretensiones... y que al fin se casen.

SAB. Conque el príncipe por un lado y Cayrol por otro... (Se oye la voz de Marcela.)

MAR. (Levantándose.) La señora... (Sabino se separa discretamente.)

ESCENA II

DICHOS y MARCELA

MARC. (Al paño.) No, señor mío. Dígale usted al señor ministro que no me conviene. No es costumbre en mi casa... Hace veinte años que hago así mis negocios, y no voy á cambiar de sistema por complacerle. Beso á usted la mano. (Entra.)

SAB. (Entre dientes.) Malos vientos corren.

MARC. ¿Ha oído usted? Quieren imponerme un agente del Ministerio con objeto de fiscalizar mis operaciones. (Viendo á Sabino.) Hola, ¿tú aquí? ¿De dónde sales?

SAB Venía á saludar á usted y...

MARC. (A Marechal.) La firma. (Se sienta ante el escritorio.)

SAB. Y al mismo tiempo, quería hablarla de un negocio. (Marechal dispone un paquete de cartas y facturas ante Marcela, que comienza á firmar leyendo antes rápidamente.)

MARC. Ahora no puedo escucharte. Además, ya sabes lo que hemos convenido. Disfrutas una renta segura para que te abstengas de toda empresa.

SAB. Renuncio á la renta y recobro mi libertad. El negocio que proyecto es soberbio, y si usted quiere...

MARC. ¡Bah! (A Marechal, firmando.) ¿Es al contado? (A Sabino.) Siempre serás un estúpido. En suma, ¿quieres venderme tu proyecto, no es eso?

SAB. ¡Tía!...

MARC. (A Marechal.) ¿Acompaña las muestras?

MAR. Sí, señora.

MARC. (A Sabino.) ¿Y en qué consiste tu nueva invención?

SAB. Se trata de una máquina de acuñar moneda.

MARC. ¿Una máquina de acuñar moneda...? De fundir moneda, dirás mejor. (A Marechal.) Dele usted seis mil francos. Mi maquinaria, como ves, vale más que la tuya. (Levantándose. Marechal abre la caja, saca seis billetes y se los entrega á Sabino.) Toma ese dinero y vete con tu proyecto. Anda, hijo mío, y que no vuelva yo á verte en mucho tiempo.

MAR. (Hasta que le haga falta más.)

ESCENA III

DICHOS, un CRIADO precediendo á CAYROL

CRIADO El señor Cayrol.

MARC. (Tendiéndole la mano.) Me alegro de ver á usted; tenemos que hablar.

CAYROL A eso vengo. Ya sabe usted que hoy debemos terminar el asunto pendiente con Herzog.

MARC. No me agrada ese individuo.

CAYROL Es un hombre muy inteligente. Estamos preparando juntos un buen negocio. «El Crédito europeo.» ¿Me permite usted que se le presente?

MARC. (Con un mohin de desprecio.) Tráigale usted.

CAYROL Muchas gracias... Y vamos á otro asunto; acabo de llegar de Fontainebleau á donde había ido para un asunto urgente, y al llegar á la estación me encontré frente á frente con Pedro Delarue.

MARC. ¿Pedro? ¿Ha llegado ya? ¿Y qué le ha dicho á usted?

CAYROL Nada: aun cuando se le conocía que estaba deseando preguntarme...

MARC. ¡Pobre muchacho! Ea, no hay tiempo que perder; conviene que yo le hable antes de que se presente aquí. (A Marechal.) Pida usted el coche. (Marechal toca un timbre y da órdenes á un Criado.)

SAB. Querida tía, si quiere usted utilizar el mío... Está abajo.

MARC. Bueno... Es cuestión de una hora. (A Marechal.) Si acaso nos cruzásemos en el camino, y llegase antes que yo, deténgale usted. (Sale con Sabino.)

ESCENA IV

CAYROL y MARECHAL

CAYROL (Sentándose a la izquierda del escritorio.) Conque vamos á cuentas. ¿Ya sabrá usted por qué vuelve Pedro?

MAR. A sus negocios seguramente.

CAYROL No se haga usted de nuevas. Hace quince días que la señora Desvarenes le dirigió un telegrama concebido en estos términos: «Si cuando vuelvas no quieres encontrar casada á mi hija, ven en seguida.» Pedro recibió el telegrama y se embarcó; en Marsella saltó al rápido, y ha llegado á París hoy por la mañana para reivindicar sus derechos á la mano de Micaela... que se la había prometido.

MAR. En resumen...

CAYROL Que en esta casa va á librarse rudo combate entre Pedro, que adora á Micaela, Micaela, que ama á otro y la señora Desvarenes que no sabrá por quién decidirse... ¿De parte de quién estará usted?

MAR. ¿Yo? Yo no soy más que un empleado de la casa.

CAYROL ¡Bah! Usted ejerce gran influencia sobre la señora, y por lo tanto, conviene que usted se decida á defender nuestros intereses.

MAR. ¿Los intereses de quién?

CAYROL Los del amor. Lo confieso. Defiendo al príncipe porque Micaela le ama, y sirviéndoles me devolverán el favor intercediendo por mí con Juana. Así, pues, si se le consulta á usted... hágame el favor de hablar en pro

del príncipe. Más adelante, cuando sea el amo de la casa, sabrá agradecérselo.

MAR. Pues ya que es preciso, voy á contestarle con igual franqueza. Sin duda ignora usted cómo entré aquí hace ya cuatro años... He sido muy desgraciado. Después de trabajar honradamente mucho tiempo, me encontraba en la miseria, á punto de morir de hambre y desesperación cuando hallé á Pedro Delarue que me tendió la mano... Habíamos sido compañeros de colegio .. Cuando nos encontramos en la calle, hacía veinticuatro horas que no había probado un pedazo de pan. Me vió, y sin avergonzarse de mis harapos, me abrazó conmovido. Socorrió mi miseria con delicadeza y al día siguiente me presentó en esta casa respondiendo de mí y de mi honradez. Le debo cuanto soy y cuanto tengo... El pan blanco que como y la paz del alma que disfruto. Más que mi amigo ha sido mi hermano... Dígame usted ahora con lealtad lo que usted pensaría de mí si aceptase sus proposiciones...

CAYROL (*Estrechándole la mano.*) Es usted un hombre honrado...; pero á pesar de todo el príncipe vencerá... Usted no conoce á ese eslavo... es un seductor irresistible, y Micaela le adora.

MAR. ¿Que le adora? ¿Porque han bailado juntos una vez? De la simpatía al amor hay mucha diferencia.

CAYROL Juana habrá hecho su panegírico. Le conoció en Inglaterra cuando hace seis meses fué á visitar á su tía natural, esa gran dama que la olvidó cuando era huérfana y que la mima ahora que todo le sobra. Además, al volver á París, se encontraron de nuevo en los salones del gran mundo.

MAR. ¿Y acaso?...

CAYROL ¡Bah! El príncipe sólo se ocupaba de Juana por pura galantería, puesto que ha pedido la mano de Micaela...

MAR. Que le ha sido negada.

CAYROL Causando amargo llanto á Micaela y haciendo titubear á su madre que por último pi-

dió tiempo al príncipe para decidir...; hoy espira el plazo, Sergio vendrá y vencerá definitivamente.

MAR. Puede ser. En todo caso, mi deber consiste en consolar á Pedro si no puedo defenderle.

CRIADO. El señorito Pedro. (Marechal y Cayrol se contemplan en silencio.)

MAR. ¿No querrá usted verle ahora?

CAYROL. Francamente... no: prefiero avisar á Micaela lo que ocurre. (Sale por la derecha.)

MAR. (Al Criado.) Que pase.

ESCENA V

MARECHAL y PEDRO

PEDRO. (Corriendo hacia Marechal.) ¡Marechal!

MAR. ¡Pedro! (Se abrazan.) Te esperaba con impaciencia. Sabía que habías llegado y...

PEDRO. Por Cayrol, ¿no es eso?

MAR. Sí.

PEDRO. ¿Me es hostil? No lo niegues: lo he leído en sus ojos. Los hábiles me abandonan, ¿luego he perdido la partida?

MAR. Pedro... ¡valor! (Pausa.)

PEDRO. ¡Si supieras cuánto he sufrido desde que recibí ese fatal telegrama! ¡Qué largo me parecía el camino! Y ahora que he llegado me pesa haber venido.

MAR. Tu presencia lo cambiará todo. (Pausa penosa.)

PEDRO. ¿Y mi tía?

MAR. ¿No la has visto?

PEDRO. Nó. ¿Y... Micaela?

ESCENA VI

DICHOS, MICAELA y JUANA

MIC. (Entrando rápidamente con Juana.) Aquí estoy.

PEDRO. ¡Ah!...

MIC. Mi querido Pedro... cuánto me alegro verte. (Pedro vacila un instante, se dirige en seguida á Mi-

caela, que le tiende la mano, y permanece mudo contemplándola. Marechal retrocede al fondo y Juana pasa á la derecha)

JUANA ¿Y á mí no se me saluda? Nos has tenido bien inquietos. ¡Tanto tiempo sin escribir!

PEDRO (Estrecha las manos de Juana y sonríe con tristeza.) ¡En el desierto no hay correo diario!...

JUANA ¡Cuánto has tardado en volver!

PEDRO Para terminar mis trabajos necesitaba aun algún tiempo.

JUANA (Cogiendo por un brazo á Pedro y señalando á Micaela.) Llegas á propósito del país de las esfinges. Ahí tienes un enigma vivo por descifrar.

PEDRO ¿Cuál?

JUANA Su corazón.

PEDRO Siempre he leído en él como en un libro.

JUANA (En voz baja y sombría.) Te le han cambiado. (Sale por el fondo y Marechal por la izquierda.)

ESCENA VII

MICAELA y PEDRO

PEDRO (Se acerca á Micaela y la coge las manos. Pausa.) Micaela; ¿no me amas ya?

MIC. ¡Oh, Pedro!... ¡Mi amigo... mi hermano!...

PEDRO (Dolorosamente.) ¡Tu hermano! (Pausa.) No esperaba que me recibieses así.

MIC. (Con tristeza, dejándose caer en una silla.) ¿Por qué partiste?

PEDRO Para merecerte.

MIC. Tú, tan bueno, tan superior á todos los demás... no tenías necesidad de ese viaje. Debiste guardarme con más interés.

PEDRO ¿No era tu corazón mismo mi mejor salvaguardia?

MIC. ¿Sin el apoyo de una afección íntima?

PEDRO Sin otro sostén que los que yo tenía: la esperanza y el recuerdo.

MIC. Piensa en que era una niña...

PEDRO No; una mujer; un ser débil, inconstante y

cruel á quien importa poco el amor que inspira, sacrificándolo todo á sus caprichos.

MIC. ¡Pedro!.. ¡qué dureza!...

PEDRO ¿No la mereces? ¿Me ves llegar tembloroso, con los ojos llenos de lágrimas, y sin una palabra de afecto para consolarme, me acusas de indiferencia y abandono. ¡Me reprochas por haber partido! ¿No comprendes los motivos de mi viaje?... Debíamos casarnos; tú eres rica y yo pobre. Para destruir tal desigualdad, resolví ilustrar mi apellido, y solicité una de esas misiones tan difíciles y peligrosas que dan por seguro á quien las emprende la muerte ó la celebridad... y partí desgarrándome el alma y el corazón... Durante un año, aislado, allá lejos, rendido de fatiga, en peligro incesante, solo la idea de que sufría por tí, me ayudaba á soportarlo todo... ¡porque tú me esperabas...! ¡porque aguardaba el día de recibir el premio de tanto sacrificio! ¡Y ese día ha llegado! ¡Y estoy aquí pidiendo mi recompensa!... Pero mientras yo corría afanoso tras de la gloria y la fortuna, otro... más hábil que yo, me robaba tu corazón. ¿No es eso, Micaela? ¡Sí, sí! Tienes razón; el imbécil que abandona á la mujer amada no merece su fidelidad... ¡Es un loco, un estúpido, un miserable!

MIC. (Aturdidisima.) He sido muy injusta contigo... lo sé... pero es demasiado tarde... ¡no me pertenezco!

PEDRO (Con viveza.) ¿Acaso eras libre?

MIC. No... Es cierto. Tienes mi palabra, pero tú serás generoso como lo has sido siempre, y me la devolverás.

PEDRO ¿Y si me niego? ¿Y sí quisiera reconquistarte? ¡Se trata de mi vida! ¿No tengo acaso derecho á defenderla? ¿Qué pensarías de mi cariño si me resignase á perderte?

MIC. (Con dulzura, pero con firmeza.) Una mujer como yo no falta jamás á su palabra. Mi mano te pertenece... pero mi corazón es de otro. Si lo exiges estoy pronta á ser tu mujer... (Con timidez, en voz baja.) Decide.

PEDRO (Con desesperación.) ¡No; alma mía, no! ¡Escúchame!... ¡Es imposible que me hayas olvidado tan pronto!... ¡Te amo!... ¡Acuérdate, Micaela! ¡Acuérdate!..

MIC. Sí, Pedro, me acuerdo bien—y ahora lo comprendo—mi cariño consistía en la más pura amistad... Ahora... ¡amo! ¡ya lo ves! (Pausa.—Esforzando su naturalidad.) Siempre serás mi mejor amigo.

PEDRO ¡Ah, qué daño me hacen tus palabras!

MIC Pedro... (Pausa.)

PEDRO ¿Es irrevocable? (En voz muy baja.) ¿Le amas?

MIC. (Igual.) ¿No lo comprendes?

PEDRO (Con un esfuerzo supremo.) Vete, eres libre... (Pausa.)

MIC. ¿Me perdonas?

PEDRO Te perdono. (Cae sobre el canapé escondiendo la cara entre las manos.—Pausa.)

MIC. (Acercándose.) Pedro... ¿Lloras?

PEDRO (Levantándose con dignidad y dirigiéndose al foro.) Sí, lloro mi felicidad perdida... Creí que el medio más seguro de ser amado consistía en merecerlo... ¡Y me he engañado! ¡Espiaré mi error!... Excusa mi debilidad y dispón de mí como quieras... ¡Adiós!...

MIC. ¿Te vas?

PEDRO Nada tengo que hacer aquí.

MIC. ¿No quieres ver á mi madre?

PEDRO (Con resignación dolorosa.) Es justo... Esperaré.

MIC. ¡Gracias, Pedro... gracias! ¡Adiós!... (Se acerca á Pedro y le coge la mano. Pedro se desprende de ella y cae sollozando sobre el canapé. Micaela permanece indecisa y sale contemplándole con tristeza.)

ESCENA VIII

MARCELA y PEDRO

MARC. (Entrando vivamente por el foro se dirige á Pedro y le pone la mano sobre un hombro. Pedro levanta la cabeza como atontado) ¿Quién te ha recibido?

PEDRO Micaela.

MARC. ¿Qué te ha dicho?

PEDRO Todo.

MARC. (Sentándose á su lado conmovida y acariciándole.) ¡Pobre hijo mío!... ¡Qué desgracia!...

PEDRO No fué mía la culpa.

MARC. Sí, Pedro, sí; en eso no estamos de acuerdo. Tú eres el único responsable de lo que ocurre... (Levantándose y dejando el sombrero sobre el escritorio.) Has querido hacer el caballero andante... y mientras tanto... (Cambiando de tono.) ¿Sabes que es un príncipe?

PEDRO ¡Sólo sé que Micaela le ama!

MARC. ¡Bah! Veleidades de niña mimada... no hay que hacer caso... Ya comprenderás que no te he llamado para que seas testigo de una boda... Además no me gusta ese príncipe que quiere mancharse el frac con mis harinas... Conque si te atreves á ayudarme...

PEDRO Ya es tarde; Micaela me ha pedido su palabra.

MARC. ¡Ya me lo temía yo! ¡La has hecho buena! Por eso fuí á buscarte... En fin, si has devuelto tu palabra, mantengo la mía... y no se casarán...

PEDRO ¿A qué luchar, si ya estoy vencido?

MARC. Si me abandonas, ¿qué quieres que haga yo contra Micaela?

PEDRO Acceder como siempre á sus caprichos.

MARC. ¡Vaya un modo de razonar!...

PEDRO ¡Me muero de pena! El trabajo ha destruído todas las ilusiones de mi juventud y soy un hombre demasiado serio; esa es mi falta. En este siglo febril en que vivimos, es imposible abarcar á la vez todo cuanto nos ofrece la vida: placeres y trabajo... Es preciso escoger, decidirse; y así resulta que los hombres que viven para el placer son impotentes para el trabajo, mientras que los trabajadores son amantes lúgubres... Los unos sacrifican cuanto dignifica la existencia; los otros arrasan los encantos de la vida... y cuando llega el momento decisivo, culminante, los primeros advierten, con espanto, que su inteligencia no sirve para cumplir el deber y

los segundos, que su corazón es inhábil para la felicidad...

MARC. Pues bien, hijo mío, tanto peor para las mujeres que se dejan seducir por los viciosos... Pero, ¿si conoces el mal, por qué no lo remedias?

PEDRO ¡Es incurable!

MARC. Tienes el remedio al alcance de tu mano.

PEDRO ¿Cuál es?

MARC. La voluntad... Cásate con mi hija... yo respondo de todo.

PEDRO La amo demasiado para aceptar su mano sin su corazón.

MARC. (Toca un timbre y aparece un criado.) Diga usted á la señorita que venga. (A Pedro.) Pasa al gabinete... y espérame.

PEDRO Pero, ¿qué va usted á hacer?

MARC. (Empujándole cariñosamente.) Calla, ya lo sabrás. (Cierra la puerta tras él.)

ESCENA IX

MARCELA y MICAELA por la izquierda

MARC. Acabo de hablar con Pedro... has abusado de su ternura y de su nobleza, para arrancarle un consentimiento absurdo... y eso no está bien, hija mía.

MIC. (Con dulzura.) ¿Pues qué iba á hacer?... ¿No he sido franca... leal?... Tú me has dicho que de Pedro dependía mi enlace con el príncipe... Ahora ya soy libre... ¿no es eso, mamá?

MARC. Calma... No cantes victoria.. Has arrollado al pobre Pedro; pero no á mí..

MIC. ¡Mamá!

MARC. Tu elección es inútil. Una joven sensata, no debe casarse sino con un hombre de su clase... A los ojos del príncipe, siempre seremos una pobre gente... enriquecida—¡afortunadamente para él!—pero á quien al fin y al cabo mirará por encima del hombro... Se te ha llenado de humo la cabeza, y es preciso que reflexiones.

MIC. Te engañas, mamá. ¡Mi cariño es profundo, inalterable!

MARC. Ya lo veremos. Tienes veinte años, y hay tiempo para pensar...

MIC. (Con firmeza.) Bien; esperaré.

MARC. ¿A qué?

MIC. (Con humildad.) Que modifiques tu decisión al ver mi pena... (Llora.)

MARC. ¡Eso es... terquedad y lágrimas!... (Agitada por un excesivo amor materno.) Yo que estaba tan orgullosa por haber vencido todos los obstáculos de mi vida... Todos me obedecen; todo se inclina ante mi voluntad... ¿y tú? ¡sólo tú!... Pero lo que es ahora, te aseguro que me obedecerás... ¡Vaya!... No llores más... Se acabó... ¡Pero no llores!... ¿No comprendes que defiendo tu felicidad?

MIC. Contra mí misma...

MARC. ¡Contra todo el mundo! Tengo el presentimiento de que esa boda será funesta. Renuncia, hija mía; te lo suplico... No me afligas más... No tengo más que á tí en el mundo... ¡Pídeme lo que quieras menos eso!...

MIC. Amo á Sergio...

MARC. Y á mí, ¿no me amas? ¿No lo merezco? ¿No estoy trabajando desde que naciste, día y noche, por tí, por tu porvenir, hasta convertirme, ¡yo! ¡la pobre panadera!, en el jefe de la empresa industrial más fuerte de Francia? ¿No me miro dichosa en el cielo de tus ojos? ¿No te quiero con locura? ¡Hija mía!... Y todo esto no sirve para nada ante un cualquiera, un extraño... que me arrebata tu cariño, tu obediencia... ¡Ingrata! ¡ingrata!... ¡Vete!... ¡No eres mi hija! (Se deja caer en el canapé llorando.)

MIC. (Con ternura.) Sí, soy tu hija que te adora y que te suplica de rodillas... ¡No desmientas en una hora veinte años de ternura y de bondades!... (En voz baja.) ¡Amo á Sergio!...

MARC. ¡Qué locas son las mujeres que desean ser madres!

MIC. ¡Mamá!

MARC. ¿Lo quieres? (Micaela calla.) Responde. Exijo

que me digas: «quiero» para que tenga yo al menos esa disculpa ante mi conciencia...

MIC. (Dulcemente y á media voz.) Pues bien; sí: quiero... y tales palabras, que jamás debieran pronunciar mis labios, son la mejor prueba de mi ciega confianza en él. No luches más, y ten la seguridad de que en este instante has hecho más por mí que en toda mi vida. ¿Sí?...

MARC Sí... (En voz muy baja, entrecortada por los sollozos.)

MIC. (Abrazándola.) ¡Mamá! ¡mamá!

MARC. (Rechazándola.) ¡No; déjame! Lamento en el alma tu obstinación y mi debilidad. ¡Quiera el cielo que jamás tengamos que arrepentirnos!...

ESCENA X

DICHOS, CAYROL y PEDRO

CAYROL (Entreabriendo la puerta.) ¿Se puede?

MARC Adelante. (Entran Pedro y Cayrol.)

CAYROL Herzog está en el despacho... y al llegar nos hemos encontrado con el príncipe de regreso de Inglaterra. Ahí fuera está.

MARC Que entre. (Pedro consulta con un gesto interrogante á Marcela.) Es preciso...

PEDRO Micaela le ama... será feliz.

MARC. ¡Valor!...

ESCENA XI

DICHOS, SERGIO y JUANA. Cayrol abre la puerta del foro, entra Sergio. Juana entra por la derecha y se coloca delante del escritorio. Sergio se dirige á Marcela respetuosamente

SERGIO Temo, señora, molestar á usted.

MARC. ¿Viene usted sin duda á saber mi respuesta?...

SERGIO (Con gravedad.) Jamás hubiera osado hablar á usted de mi pretensión, sobre todo públicamente; pero puesto que su bondad se anticipa á mis deseos, debo confesar que aguar-

do con el corazón profundamente conmovido las palabras que han de decidir mi suerte. (Juana deja escapar un gesto de cólera.)

MARC. He vacilado mucho antes de decidirme; pero alguien en quien tengo toda mi confianza, me ha inducido á responder á usted favorablemente...

SERGIO (Con calor.) Quien quiera que sea tiene derecho á mi eterna gratitud.

MARC. ¡Pedro Delarue, (Presentándole.) mi sobrino, casi mi hijo!...

SERGIO Cómo pagar á usted...

PEDRO Haciéndola muy feliz.

MIC. ¡Qué bueno y qué generoso eres!

PEDRO. No me lo agradezcas. Soy muy egoísta y no podría verte llorar. (Pedro sale.)

JUANA (Acercándose á Sergio en voz baja y amenazadora.) ¡Sergio, tenemos que hablar!...

SERGIO ¡Imposible!

JUANA (Con firmeza.) Lo exijo...

MARC. (Mirando salir á Pedro.) ¡Pobre muchacho!...

CAYROL No olvide usted que Herzog nos aguarda.

MLRC. No tengo humor para negocios...

CAYROL Con una firma está arreglado...

MARC. (A Sergio.) Tenga usted la bondad de dispensarme... Lo está usted viendo... no puedo disponer de un minuto... pero me hará usted el favor de quedarse á comer con nosotros... y así hablaremos.

MIC. ¡Gracias, mamá!...

MARC. (A Micaela.) Y tú da órdenes y disponlo todo... Vamos. (A Cayrol; sale por la izquierda.)

CAYROL En seguida. (A Juana.) Señorita... hoy es día de venturas... Si usted quisiera...

SERGIO (A Cayrol.) Vamos, hoy todo me sale bien. ¿Quiere usted que interceda?

CAYROL (En voz baja.) ¡Ah, príncipe mío!... Convénzala usted... y si hacen falta algunos miles de luises para la *corbeille*...»

SERGIO ¡Corruptor!... Trabajaré gratis por amor al arte... (Se dirige á Juana.) Señorita... siempre hemos sido buenos amigos... bien pronto seremos hermanos. ¿Puedo esperar algo de mis nuevos títulos?

MIC. Os dejo; voy á hacer de ama de casa... hasta luego. (A Juana.) Déjate convencer... (Sale con Cayrol riendo.)

ESCENA XII

JUANA y SERGIO

JUANA ¿Es cierto lo que acabo de oir? ¿Quiere usted casarse con Micaela?
SERGIO Sí.
JUANA ¿Y yo?
SERGIO ¡Juana!...
JUANA ¿Por qué se inquieta usted?
SERGIO Por usted.
JUANA ¿Por mí?
SERGIO Temo una imprudencia que pueda perderla...
JUANA Que nos perdería juntos. Eso es lo que usted teme.
SERGIO Y á mí, ¿qué podría sucederme?
JUANA La ruptura con la señora Desvarennes: ¡si yo lo contase todo!
SERGIO ¿Todo? ¿Y qué? Cansado de la vida precaria y azarosa que aquí llevo, partiría para Austria, y volvería al servicio militar. El uniforme es el único traje que puede cubrir honrosamente la miseria de un hombre como yo.
JUANA ¿Y para mí el abandono?
SERGIO ¿Y quién habla de abandono cuando un buen hombre que ama á usted con locura y que tiene una preciosa fortuna quiere casarse con usted?...
JUANA (Colérica.) ¿Y es usted quien me propone que me case? ¡Pero usted no me ha amado nunca, ni una hora, ni un instante!
SERGIO (Sonriente.) Mi querida Juana, si yo tuviera cien mil francos de renta, doy á usted mi palabra de honor que me casaría con usted, porque usted sería una adorable princesa...
JUANA ¿Qué me importan los títulos?...
SERGIO No reflexiona usted lo que dice.. (Cogiéndola

por la cintura.) Quiero á usted demasiado para asociar nuestros destinos... ¿Qué haría yo con mi hermosa Juana en el miserable tugurio que me sirve de guarida? ¿Cómo mantenernos?... Vivo en el Club, en donde como barato... Monto los caballos de mis amigos... Jamás toco un naipe, aun cuando me seduce el juego... Brillo y danzo en el gran mundo, y, sin embargo, á la madrugada vuelvo á mi casa á pie, para economizar el precio de la carrera de un carruaje de alquiler... He ahí lo que es el príncipe Sergio, mi querida Juana: un gentil-hombre de apariencias que vive con la sordidez de una solterona... ¿Comprende usted? ¿Cómo ofrecer semejante porvenir?

JUANA (Con pasión.) Si fueras rico no habría pronunciado ni una sola palabra... pero eres pobre... y tengo derecho para decirte que te amo... Mi vida á tu lado significa el sacrificio constante, y por eso la reclamo. Ni humillaciones ni tristezas; yo la engalanaré con mi ternura.

SERGIO (Con ironía.) ¡Encantador idilio! Huiremos del mundo. ¿No es cierto? Iremos á buscar en un rincón ignorado el paraíso perdido... ¿Cuánto tiempo duraría eso? La primavera de nuestra juventud escasamente... Después vendría el otoño, áspero y triste, y entonces advertirías con espanto nuestro error... Perdóname estas palabras, llenas de desencanto... pero en este instante ha de decidirse nuestra existencia... y debe hablar muy alto la razón.

JUANA (Con pasión, echando los brazos al cuello de Sergio.) Escucha solo á tu corazón. Acuérdate que me has amado. Dime que me amas... (Acerca su cara á la de Sergio, que la besa en la frente.) ¡Sergio!...

SERGIO (Recobrando su sangre fría y rechazándola dulcemente.) ¡Ten prudencia!

JUANA (Con pasión.) ¡No te alejes! ¿Me abandonas porque eres pobre? ¡Trabaja!

SERGIO ¡Mi querida Juana, desvarías! Para el prín-

cipe Sergio, ¡no lo olvides! solo puede haber dos condiciones sociales. . ¡Soldado ó millonario!... Decide tú.

JUANA (Desfallecida y cayendo sobre una silla.) ¡Todo lo he perdido! ¡Deshonrada! ¡Sola!

SERGIO (Insinuante.) ¡No, no estás sola ni perdida! ¡Al contrario, te has salvado! ¡Escúchame! ¿Que somos ambos? ¡Tú, una niña recogida por una mujer caritativa! ¡Yo, un noble arruinado! Tú vives gracias á la generosidad de esa buena señora. Yo no puedo esperar ni apoyo, ni socorros... y he aquí que de repente pasa la fortuna ante nosotros.. basta tender la mano para conquistarla. ¿Qué debemos hacer? Un relámpago de razón, un minuto de serenidad... olvidar un sueño y aceptar la realidad que nos despierta muy á tiempo.

JUANA ¿Y el sueño es el amor y la dicha? ¿y la realidad el interés venal? ¡Ah! ¿Y usted me lo aconseja? ¡Miserable dinero! ¡Esto es odioso, innoble!

SERGIO ¡Juana!

JUANA ¡Piénsalo bien, Sergio! (Con ternura.) ¡Sergio! (Sergio se vuelve de espalda con desden.) ¡Dios mío! (Pausa. Juana procura serenarse y con voz insegura dice:) ¡Se acabó! ¡Cásese usted con ella! (Pausa. Con risa forzada) ¡Gracias, príncipe, gracias por la lección! ¡Fué dura, pero sabré aprovecharla!

SERGIO ¿Qué vas á hacer?

JUANA Seguir tus consejos ¡Casarme!

SERGIO ¡Juana!

JUANA (Con amargura.) ¿Por qué ese asombro? ¿Le espanta á usted haberme convencido tan pronto? ¡Tranquilícese usted! ¡Se lo pagarán bien!

ESCENA XIII

DICHOS, MARCELA, MICAELA y CAYROL. Entran por el foro

CAYROL (A Sergio.) ¿Y qué? (Con ansiedad.)

SERGIO Arreglado.

JUANA (A Cayrol.) ¡He aquí mi mano!

CAYROL (Con regocijo.) ¡Gracias, señorita!

MIC. No se casará usted con ella por su linda cara... yo la doto.

CAYROL Me es igual.

JUANA (A Cayrol.) ¡Pero no olvide usted que soy muy leal! Entrego á usted mi mano, pero... mi corazón....

CAYROL Yo sabré ganarle.

MIC. (A Sergio.) Digale usted á mi madre que soy muy feliz.

SERGIO (A Marcela.) Señora: á cambio de la felicidad que usted me proporciona, no puedo ofrecerla otra cosa que mi vida. Disponga usted de ella.

MIC. Acepto. (Riendo) Desde hoy me perteneces, príncipe mío... Como en los cuentos de hadas...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Un salón en el castillo de Cernay. Al fondo, chimenea con reloj y candelabros. Una puerta á cada lado. Puertas laterales en segundo término. Alrededor de la chimenea, butacas y sillas. En primer término derecha un canapé; á la izquierda, una butaca y una silla.

ESCENA PRIMERA

HERZOG, MARECHAL, DU TREMBLAYS, SABINO, LA BREDE, un INVITADO, y después SUSANA. Al levantarse el telón, La Brede está en pie delante de la chimenea. Du Tremblays, sentado á la izquierda. Herzog y el Invitado en el canapé

BREDE ¡Ea! ya está casado el príncipe.

TREM. Sí; ahora tiene que ser buen esposo, buen padre y acostarse á las diez...

BREDE Ya volverá á las andadas. No es hombre capaz de acostumbrarse á la vida de familia.

SAB. (Entrando por la derecha con Marechal.) Aquí se respira... Hay demasiada gente en los salones.

HER. Sí, amigo mío; como de costumbre, los periódicos han fantaseado de lo lindo... llegando á llamarme el vencedor de la bolsa. Pero realmente, aun no he empezado... Ya verá usted. Ya verá grandes cosas.

INV. ¿Y ese proyecto de ferrocarril?

HER. ¿La línea de Fez á Orán por Tlemecen? ¡Buen negocio!

SAB. Ahí tiene usted un hombre que irá lejos.
MAR. (Sonriendo.) Quizá más allá de la frontera.
(Herzog y el Invitado salen hablando.)
SAB. ¡Qué mujer tan hermosa! ¿Quién es?
BREDE Lady Harton.
TREM. ¿La famosa inglesa? ¡Oh! ¡es riquísima! posee en Lóndres barrios enteros. (Bajando la voz.) Se dice que fué... muy bondadosa con el príncipe.
SAB. ¿Y por qué no se casaron?
BREDE Porque ella es casada.
SAB. Existiendo el divorcio...
BREDE Ya, pero la fortuna es del marido.
MAR. Bien podía el príncipe haberse excusado de invitarla.
BREDE No hay motivo para eso...
MAR. Veo que mi educación es muy incompleta.
SAB. Susana Herzog... (Todos abren paso y entra Susana.)

ESCENA II

SUSANA, SABINO y MARECHAL

SUS. (A Sabino.) ¿Sabe usted en donde está mi padre?
SAB. Acaba de salir de aquí. ¿Quiere usted que le busquemos juntos?
SUS. Mil gracias. (Se dan el brazo y salen, detrás Marechal.)

ESCENA III

MARCELA y SERGIO, que entra por el foro

SERGIO ¿Estaremos bien aquí?
MARC. Sí.
SERGIO ¿Bastante á solas?
MARC. Sí... creo que sí. Siéntese usted, porque tenemos que hablar... . Ya comprenderá usted que mi hija no podía casarse sin que sus bodas hiciesen ruido... Se ha hablado mucho,

me han escrito no poco... y por lo que á usted se refiere, de cosas no muy agradables... He recibido multitud de anónimos... (Sergio hace un gesto de indignación.) En unos se dice que es usted un vicioso capaz de todo. En otros se insinúa que usted no es príncipe, ni austriaco, sino un parisiense de baja estofa educado entre las faldas de la Monplaisir, la «estrella» de Variedades... otros, la mayoría, me han escrito diciendo que se casaba usted para pagar sus deudas con la dote de mi hija.

SERGIO (Con indignación.) ¡Señora!

MARC. Tranquilícese usted. Si es usted mi yerno, es porque tengo pruebas de que cuanto se ha dicho en menoscabo de su reputación, es falso. Es usted príncipe, gallardo y joven; ha sido usted soltero, y claro que son disculpables ciertas ligerezas, ciertos devaneos, que... ya pasaron. (Con gravedad.) Pero ahora es usted marido de mi hija y ya es muy distinto.

SERGIO Hable usted, señora. De usted solo puedo oir frases sensatas, consejos cariñosos...

MARC. (Con familiaridad.) Ya sé que cautiva usted á todo el mundo con su pico de oro... pero le advierto, que yo no soy tan fácil de seducir.

SERGIO Hablo á usted siempre con el corazón.

MARC. Entonces nos entenderemos en seguida. De regreso del viaje de boda, volveremos á París en donde empezaremos una nueva existencia, y digo empezaremos, porque soy esclava de mi hija, que desde hoy depende de usted. Comprendo que no soy una suegra fácil de contentar. El hábito del mando me domina. He llevado sobre mis hombros todo el peso de mi casa durante más de veinte años, y... no es de extrañar... Los que viven á mi alrededor, saben que tengo el genio vivo, un poco brusco, tal vez, pero saben también que soy toda corazón y soportan con paciencia mi tiranía..., pero usted nuevo en la casa, ¿podrá sufrirme?

SERGIO (Interrumpiendo cariñosamente.) Yo haré como todos los demás. Me dejaré guiar alegremen-

te. Piense usted que desde hace muchos años estoy solo en el mundo, sin hogar, sin familia, sin afecciones, y que van ustedes á serlo todo para mí. ¡Sería yo un ingrato si no procurara complacerla hasta sacrificarme... si fuera preciso! Además, ¿quiere usted que diga todo lo que pienso? Pues si no me casara porque estoy enamorado de Micaela, me casaría por vivir al lado de usted.

MARC. (Alegremente.) ¡Adulador!

SERGIO En serio; creo que es usted una mujer superior, excepcional, y á mi admiración se une la ternura que me han inspirado sus bondades. Dígame usted ahora si no debo estar orgulloso de llamarla madre.

MARC. ¿De modo que no tendrá usted inconveniente en que vivamos todos juntos en mi casa?

SERGIO Si no me lo hubiera usted ofrecido, yo lo solicitaría, puesto que soy el ganancioso. Mi mujer será dichosa viviendo con su madre y usted me agradecerá siempre el haber evitado esa separación. ¿Puedo ser más franco?

MARC (Profundamente conmovida.) Perfectamente: verá usted qué bien nos vamos á arreglar. El hotel, como usted sabe, está dividido en dos pabellones; para cada uno el suyo. Dicen que la vida en comun es perjudicial entre suegra y yerno. Vosotros estaréis en vuestra casa, porque un espantajo como yo, asustaría á los enamorados. No iré sino cuando me invitéis... pero desde mis habitaciones veré á mi hija, la oiré ir y venir, cantar y reir, y eso es cuanto ambiciono, un rinconcito para contemplar desde él tranquila y dichosa, la felicidad de mi adorada Micaela.

SERGIO Esté usted segura de que mientras yo viva, Micaela no se separará de usted nunca.

MARC. ¿Sabes que voy á adorarte?

SERGIO Así lo espero. (Riendo cariñoso.)

MARC. Comprendo que pases por hombre peligroso, manejando de esa manera los corazones. Haz feliz á mi hija, conságrate á ella y vivid eternamente en un cielo sin nubes... todo azul, muy azul. (Riendo.)

SERGIO — El porvenir probará á usted que al concederme la mano de su hija tuvo razón contra todos mis enemigos.

MARC. — Ya estoy segura.

ESCENA IV

DICHOS, CAYROL, MAREÇHAL y SABINO

CAYROL — ¡Suegra y yerno frente á frente!

SAB. — ¡Y están vivos!

CAYROL — ¡Milagro! ¡Milagro!

MAR. — No es usted generoso. Su mujer de usted es huérfana.

CAYROL — (Aparte.) ¡Es verdad: todas las venturas!

SAB. — ¿Diga usted, tía, me permite usted que vaya á fumar un cigarrillo á la terraza?

MARC. — Si te vas, no vuelves á parecer por el salón.

SAB. — ¡Oh, sí! ¡Tía, por Dios!

MARC. — Pues anda, vete; pero nada más que un cigarro. No está bien que faltes de allí.

SAB. — Bendita sea usted. Estaba rabiando por fumar desde las diez de la mañana. (Mutis.)

SERGIO — (A Marcela.) Acompañaré á usted.

MARC. — No; quédese usted con sus amigos y... déjeme un rato con mi hija.

CAYROL — (Riendo.) Cuidado, que eso es contrabando.

MARC. — (Con sonrisa triste.) Ya ve usted cómo pido permiso. (Sale por la derecha.)

ESCENA V

SERGIO, CAYROL, MARECHAL; luego HERZOG y SABINO. Sergio y Cayrol pasean hablando. Marechal se sienta frente la chimenea

SERGIO — (A Cayrol.) ¿Está usted contento?

CAYROL — La dicha me abruma.

SERGIO — La mía es demasiado reciente para ser pesada.

CAYROL — ¡Hermoso día! ¡Sorprendente fiesta! ¡Mi mujer estaba radiante!

SERGIO ¡Mi mujer!... ¡qué modo tiene usted de decirlo!...

CAYROL Es la primera alegría de la posesión. Antes me preocupaban los negocios. Desde hoy tengo que trabajar para mi dicha. Estoy contento como un chiquillo. He pasado muchas horas presenciando la ornamentación del cuarto de mi mujer. Será un verdadero paraíso... Bien caro me cuesta.

MAR. Ya pareció el comerciante.

SERGIO ¿Qué proyecta usted para luego? ¿Se queda usted?... He mandado preparar habitaciones...

CAYROL Lo agradezco mucho, pero prefiero marcharme á París con mi mujer en silla de posta.

HER. (Entrando.) Eso es un rapto. (Cayrol y Marechal salen hablando por la izquierda.) Mi querido príncipe, permítame usted que le felicite por su magnífica y nueva posición... Es lo menos que merecía tan gran señor. No es muy agradable la mamá política, pero á usted le sobra talento para conquistarla. Y á propósito, me han dicho que se ha casado usted con separación de bienes.

SERGIO (Sorprendido.) Sí, señor.

HER. Ha firmado usted el contrato con los ojos cerrados. Mal hecho, querido príncipe.

SERGIO (Con altivez.) ¡Caballero!

HER. No se incomode usted todavía y déjeme en cambio que le explique su posición. Está usted atado de pies y manos, imposibilitado de disponer ni de un céntimo de la fortuna de su mujer sin su permiso y...

SERGIO (Con altivez.) Ni sé qué piensa usted de mí, señor mío, ni quién le autoriza para hablarme así.

HER. ¡Oh! El interés y la simpatía que usted me inspira.

SERGIO Voy creyendo que soy demasiado complaciente tolerando esa simpatía. (Medio mutis.)

HER. Como nos conocemos de antaño y sé sus gustos y sus inclinaciones, si acaso me necesita usted, venga á buscarme... Haremos un buen negocio...

SERGIO ¿Negocios con usted? (Conteniéndose.) ¡Bah! (Le vuelve la espalda.)

HER. Nadie puede decir de este agua no beberé... Ya nos veremos... (Sale y luego vuelve á entrar detrás de las figuras de la escena siguiente.)

ESCENA VI

DICHOS, MARCELA, MICAELA, DU TREMBLAYS, SUSANA y LA BREDE. Marcela y Micaela entran por la derecha segundo término, pasando por detrás del canapé. Sergio atraviesa la escena. Cayrol seguido de Susana, La Brede y Du Tremblays, por el foro izquierda

MIC. ¿Conque hay que venir á buscar á ustedes?

CAYROL Voy á dar las órdenes para nuestro viaje.

HER. (A Susana) También nosotros debemos retirarnos.

BREDE ¡Oh! ¡No tan pronto!

SUS. Sí, sí, papa, vámonos.

HER. (¡Príncipe Panine! ¡Qué bien sonaría al frente de un consejo de administración!) (Vase con Susana.)

ESCENA VII

MARCELA, MICAELA, JUANA y SERGIO

MARC. (A Juana que entra.) ¿Estás ya dispuesta para el viaje? ¡Vaya un día! (Meditabunda.) Las dos casadas... Esta mañana tenía dos hijas... ahora...

MIC. Ahora tienes cuatro hijos... ¿De qué te quejas?

MARC. Si no me quejo...

MIC. Enhorabuena. (A Juana.) Pero, ¿qué te pasa? ¿Estás enferma?

JUANA No es nada... ¡la fatiga!...

MIC. Lo comprendo... Esta mañana, cuando entrabámos en la iglesia á los acordes del órgano, entre flores y luces, rodeadas de tanta gente, me quedé más blanca que la cera. ¡Qué largo me pareció el camino hasta el altar! Creí que no llegaba nunca, y, sin em-

bargo, llegué, y ya todos me llaman señora y algunos princesa.

SERGIO (Dulcemente.) Lo eres, y todos deben llamarte así.

MIC. Menos mamá, Juana y tú. Llamadme siempre Micaela. Será menos respetuoso, pero es más tierno.

MARC. ¡Angel mío! ¡Necesitas cariño como las flores el sol! (Haciendo un esfuerzo para cambiar sus ideas.) Pero ahora que recuerdo, puesto que Cayrol va á París, quiero hacerle algunos encargos.

MIC. ¿Hoy también?

MARC. Hija mía, todos los días hace falta moler trigo y amasar pan. Mientras nos divertimos aquí, París devora que es un gusto.

SERGIO Entonces reemplazaremos á usted en el salón. Cuando llegue el momento de las despedidas, ya la avisaremos.

MARC. Eso es; aquí estaré. (Señalando la puerta de la izquierda por la cual sale. Mutis.)

MIC. ¡Adiós, Juana! (Se abrazan.)

SERGIO Adiós, señora. (A Juana.)

JUANA (Con frialdad.) Adiós. (Sergio y Micaela vanse foro.)

ESCENA VIII

JUANA, sola y con voz sorda

JUANA ¡Se van juntos!... ¡Con qué ternura se hablan!... ¡Sergio la ama! (Pausa.) ¡Qué desgraciada soy! ¡Y todavía pienso en ese hombre! ¿Con qué derecho?... ¡Ah, sí! partiré con mi marido que me defenderá; es su deber, y le ayudaré á cumplirlo.

ESCENA IX

JUANA y CAYROL

JUANA ¡Al fin! ¿Nos vamos?

CAYROL En seguida, Juana querida.

JUANA ¿Por qué no ahora mismo?

CAYROL Hay más de veinte carruajes en el patio. La silla de postas dará la vuelta, y saldremos por el parque sin ser vistos.

JUANA Sea; esperaremos. (Pausa. Juana se sienta en el canapé y Cayrol pasa detrás.)

CAYROL Estás divina. Todos te admiraban con envidia de mi orgullo y de mi dicha... También Sergio es feliz. (Movimiento de Juana.) Se ha casado con una mujer rica, á quien ama y que le adora... pero no tanto como yo á tí. Ya verás cómo soy agradecido; ya verás cómo pasaré mi vida entera adivinando tus gustos. Por lo pronto, te preparo una sorpresa.

JUANA (Con indiferencia.) ¿Cuál?

CAYROL ¿Creías que volvíamos á París para pasar trivialmente la luna de miel? Pues no señora; mañana lo abandonamos todo y partimos.

JUANA (Con alegría.) ¿A dónde?

CAYROL En eso consiste la sorpresa. ¿No sabes que Micaela y Sergio también se van?

JUANA Sí, pero no han dicho á dónde.

CAYROL Yo lo he averiguado. Van á Italia, por Suiza; pues bien, vamos á buscarlos.

JUANA (Turbada.) ¿A buscarlos?

CAYROL (Alegremente.) Para continuar el viaje juntos. Ya verás cómo nos divertimos. (Pausa.)

JUANA ¿Pero no les molestará nuestra compañía?

CAYROL Sergio, á quien hablé de mi proyecto, al principio vacilaba; pero la princesa vino en mi ayuda, y cuando el príncipe vió que ambos estábamos de acuerdo, me dijo: ¿Usted lo desea? Pues no hablemos más.

JUANA ¡Ah! ¿Se oponía?

CAYROL Por pura fórmula.

JUANA Pero, realmente, no sé si debemos...

CAYROL ¡Bah! lo mismo decía Sergio. ¿Acaso te contraría ese viaje? ¿Prefieres quedarte?

JUANA Pues bien... sí.

CAYROL ¡Y yo que creía complacerte! En fin, nos quedaremos en París. Como tú quieras. (Sale un criado.) ¡Ah! ya está el coche. ¿Vamos?

JUANA (Muy turbada.) Esperemos un instante. (Partir... no... no.) (Queda abatida.)

CAYROL (Con inquietud.) ¿Qué es eso?

JUANA (Esforzándose.) Nada. Me acuerdo de que este castillo lleva mi nombre; aquí he pasado mi niñez; aquí murió mi padre, y la emoción me embarga al abandonarle.

CAYROL (Con ternura.) ¿Es eso?... ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Quieres que nos quedemos un día, dos ó más?

JUANA (Conmovida.) Es usted muy bueno.

CAYROL Sólo quiero complacerte.

JUANA (Con coquetería.) ¿De veras?

CAYROL ¡Lo juro!

JUANA La señora Desvarennes se va á quedar muy triste cuando mañana parta Micaela.

CAYROL ¡Pobre mujer, la quiere tanto!

JUANA Tendrá necesidad de consuelo, de distracción, y... yo querría permanecer algún tiempo á su lado.

CAYROL (Con inquietud.) ¿A su lado? ¿Y yo?

JUANA Usted vendrá á verme todos los días. Hágalo usted, y mi agradecimiento será eterno.

CAYROL Juana... ¿cómo quieres que me vuelva solo á París? Estoy dispuesto á satisfacer todos tus caprichos, pero lo que me propones no es serio. ¿Me tomas por un niño? Harías perder la paciencia á un santo. Vamos, ¿qué significa esto? Juana, Juanita, ¿por qué no contestas? ¿Tienes alguna pena? ¿Has sufrido algún disgusto, alguna humillación? Las muchachas sois generalmente románticas, tenéis la cabeza llena de locuras, y luego cuando os encontrais frente á frente con un marido, que no es el Romeo soñado, pero que es un hombre serio y formal, empiezan las dudas y las vacilaciones... Vamos, hija mía, ¿no es eso? Pues no tienes razón... yo soy tu amigo... te amo... (Juana llora y Cayrol se inclina para verla el rostro.) ¿No respondes? ¿Qué es eso? ¿Lloras?... (Con ira.) ¿Acaso amas á alguien? (Violento.)

JUANA (Levantándose bruscamente.) ¿Quién lo ha dicho?

CAYROL (Con violencia.) ¡Ah, no me engañarás! Lo leo en tus ojos... ¿Quién es ese hombre?... ¡Dí!

JUANA ¡Jamás!

CAYROL ¡Oh!... ¡Qué confesión!

JUANA Usted me ha engañado con sus hipocresías... Pero no hablaré.

CAYROL (Fuera de sí.) ¡Hablarás, porque quiero yo!... ¡Ay de tí!

JUANA (Corriendo hacia las habitaciones de Marcela.) ¡Déje me usted! ¡Qué horror!

ESCENA X

DICHOS y MARCELA

MARC. (Entrando y recibiendo á Juana en sus brazos.) ¿Qué pasa?

CAYROL (Conteniendo su cólera á duras penas.) Algo inesperado... Juana se niega á seguirme..

MARC. ¿Juana? ¿Y por qué?

CAYROL ¿Yo qué sé?... ¡Está enamorada!... ¡Y como yo no me parezco al ideal de esta señorita!..

MARC. (Fríamente.) Hágame usted el favor de no gritar... Hay entre ustedes algún error...

CAYROL ¿Algún error? Usa usted una delicadeza de lenguaje... Diga usted que se me ha engañado indignamente... Quiero saber quién es ese hombre, ¡y lo sabré! Yo no soy lo que ustedes llaman un hombre bien educado; soy un patán grosero y...

MARC. (En voz baja.) ¡Calle usted! ¡Está usted loco! Así no se trata á las mujeres... Déjeme usted sola con ella. A usted no le dirá nada... y á mí... todo. (Pausa)

CAYROL Tiene usted razón. Dispénseme. No sé tratar á las... mujeres. Es cierto. Salgo, pues... pero volveré. (Sale por el foro.)

ESCENA XI

MARCELA y JUANA

MARC. Ya estamos solas, Juana. Cuéntame lo que ha sucedido. Siéntate. (Pausa.) ¿No me contestas? ¿No tienes confianza en mí? ¿Acaso

no merezco que me trates como á una madre?

JUANA (Conmovida.) ¡Sí!

MARC. Ya tú sabes lo que te quiero. Vamos, hija mía, llora conmigo... sobre mi pecho. (Pausa. Juana llora.) ¿Es cierto lo que ha dicho Cayrol? ¿Amas á otro?

JUANA (Sollozando.) ¡Sí!

MARC. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

JUANA (Con terror.) ¡A usted!

MARC. Á mí.

JUANA ¡No era posible!

MARC. ¿Acaso era un hombre indigno de tí? (En voz muy baja, insinuante.) ¿No... era libre?

JUANA (Muy turbada.) No... no era libre.

MARC. (Colérica.) ¡Un hombre casado! ¡Miserable! ¿Dónde le has conocido? ¿En mi casa?

JUANA (Con espanto.) No; no, por piedad. Déjeme usted... No intente usted saber más.

MARC. ¿Luego yo le conozco? ¡Oh, sí! Por eso tratas de ocultármelo... Si tuviera hijos creería... ¡Dios mío! ¿Acaso?... ¡El!?...

JUANA (Desvanecida.) ¡No, no!

MARC. (Adivinando.) ¿Niegas antes de que yo pronuncie su nombre? ¡Responde! ¡Desventurada! El hombre á quien amas, es... el marido de mi hija...?

JUANA (Cayendo de rodillas.) ¡Perdón! (Pequeña pausa. Juana llora.)

MARC. Dime... ¿y él?

JUANA No sé.

MARC. ¿Te lo ha dicho?

JUANA (Con voz imperceptible.) Sí.

MARC. ¡Y se ha casado! ¡Oh! ¿Por qué no obedecí mis inclinaciones, mi desconfianza instintiva? (Pausa.) Juana, es preciso que me ayudes á salvar á mi hija.

JUANA (Con amargura.) ¿De qué? ¿No se han casado?

MARC. ¡Y si la abandonase!

JUANA (Con furor.) ¡Bah! ¡Se ha casado con ella por su dinero! ¡Si yo hubiese sido rica, sería su mujer! (Con orgullo.) ¡Me lo ha jurado por su honor!

MARC. (Agobiada y con amargura.) ¡Por su honor! ¡Ca-

nalla!... ¡Cómo nos ha engañado á todos! ¡También á mí me juraba hace un instante, en este mismo sitio, que la amaba! ¿Y qué hacer? ¡Si mi hija lo supiera se moriría de pena!

JUANA (Sombría.) ¿Y... yo?

MARC. Tú eres de una naturaleza enérgica, fuerte; ¡pero ella... tan débil, tan dulce! ¡Oh! Juana, acuérdate de lo que he sido para tí en este mundo, y ayúdame...

JUANA (Sombría.) ¿Qué puedo hacer?

MARC. Interponer un obstáculo infranqueable entre los dos.

JUANA ¿Cuál?

MARC. Tu marido. Hace poco no querías seguirle, y estabas loca. Si te alejas de Cayrol... no podrás olvidar... al otro... (Penosamente.) al marido de mi hija...

JUANA (Con exaltación.) ¡Ah, usted no piensa más que en ella! Y yo también tengo derecho á ser dichosa en la vida... y nadie me protege. ¡Me pide usted que me sacrifique, que me entregue á un hombre que no amo, que me da horror!

MARC. Entonces, ¿qué? ¿Quieres reconquistar tu libertad á costa de un escándalo? ¡Te quedarás sola, deshonrada, maldita! ¡Juana! Juana, créeme, tu marido es un hombre honrado, y á su lado encontrarás el olvido y la paz que tanto necesitas... Al casarte te has comprometido solemnemente ante Dios, ante el mundo entero. Cumple tu deber.

JUANA (Dolorosamente.) ¿Y cómo viviré?...

MARC. Como viven las mujeres honradas. (Pausa.)

JUANA Está bien. (Con voz sorda.) Llámele usted.

ESCENA XII

DICHAS y CAYROL. Marcela se acerca al foro y llama á Cayrol. Este entra y la dice en voz baja

CAYROL ¿Quién es ese hombre?

MARC. Tranquilícese usted. Locuras de niña... Fan-

tasías de chiquilla mimada que pasarán pronto... El nombre no interesa. Partió de Francia y no se volverán á ver jamás. ¡Si así no fuese... yo misma, se lo diría á usted! ¡Se lo juro!

TELON

ACTO TERCERO

En la «villa» del príncipe, en Niza. Al fondo gran terraza: lejos el mar. Al foro derecha chimenea guarnecida de flores: á la izquierda «portiere» de tapicería. En primer término izquierda, mesa con tintero, plumas, etc. A la derecha de la mesa, silla. En primer término, á la derecha, una puerta. Rico mobiliario.

ESCENA PRIMERA

PEDRO en el foro. UN CRIADO

PEDRO ¿Está visible la princesa?

CRIADO Acaba de recibir la visita de su señora madre.

PEDRO Pase usted mi tarjeta. ¿Y el señor Marechal, está?

CRIADO Sí, señor.

PEDRO Avísele usted. (Mutis.)

ESCENA II

DICHO y MARECHAL

MAR. ¡Pedro! ¿Tú aquí? ¿Tú en Niza?

PEDRO Desde hace dos días. Vengo de Argel y voy á Génova.

MAR. ¿Sabes que ha llegado tu tía?

PEDRO Lo sé, y por eso vengo á esta casa. ¿Qué su-

cede? ¿Por qué habéis venido de París tan repentinamente?

MAR. No lo sé. No puedo contarte sino lo que he visto. Ayer por la mañana recibió la señora una carta de su hija. Empezó á leerla, y de repente exclamó, hablando consigo mismo: «Juana y Cayrol están en Niza.» Permaneció pensativa un instante y luego me dijo: «Dentro de dos horas salgo para Niza. Usted me acompañará.» Tomamos el tren y henos aquí.

PEDRO ¿Pero qué ha ocurrido?

MAR. Lo ignoro. Cayrol y su mujer han estado viajando durante tres meses. Ahora vienen de Grecia.

PEDRO ¿Pero no sabes lo que pasa?

MAR. Repito que no. Acaso al saber que todos estaban aquí, haya pensado en pasar algunos días en familia.

PEDRO (Muy marcado.) ¿Habrá venido expresamente á hablar con su yerno?

MAR. ¡Bah! No creo que tengan nada que decirse.

PEDRO El, seguramente que no; pero, ¿y mi tía? La conducta del príncipe no tiene nada de ejemplar. Su nombre corre ya de boca en boca. Es el héroe del día, sus trenes son magníficos, sus partidas de juego fantásticas.

MAR. En efecto; si sigue así, por muy rica que sea su mujer...

PEDRO ¿Y qué? Lo que él tira por las ventanas entra por las puertas de la fábrica de mi tía.

MAR. Hace falta moler muchos hectólitros de trigo para ganar los cien mil francos que pierde el príncipe en una noche. ¡Es muy desgraciado en el juego!

PEDRO Pero muy afortunado en amores. Al menos eso dicen. Se habla de una cantante italiana, de una gran dama rusa, y... ¡qué se yo! En los días que llevo aquí me han contado cien historias, y ¡si supieras lo que he sufrido al pensar que mi sacrificio por la felicidad de Micaela puede resultar estéril! (Pausa.)

MAR. (Afectuosamente.) Pedro, al entrar en esta casa, ¿te has dado cuenta exacta de los sentimientos que á ella te conducen?

PEDRO ¡Oh, no temas! La renuncia que hice de todas mis esperanzas fué absoluta y es sagrada. ¡Ante todo soy un hombre de honor! Vengo preocupado por cuanto he oído, pero sin resoluciones bastardas. Quiero ver á mi tía; quiero saber lo que realmente ocurre. Después partiré: quizá esta noche.

MAR. Querido Pedro, yo en tu lugar, me iría ahora mismo. Aquí sólo pueden esperarte amarguras.

PEDRO ¿Qué me importa si puedo ser útil?

ESCENA III

DICHOS, MARCELA, JUANA, MICAELA, SERGIO y CAYROL: la primera por la derecha con Micaela; los demás por el foro

MARC. (A Pedro.) ¿Conque es decir que necesito salir de París para verte? ¡Hace seis meses que me tienes olvidada!

MIC. ¡Qué hermosa sorpresa! Has hecho muy bien en venir; no te hubiéramos perdonado que pasaras por aquí sin vernos, ¿no es cierto, Sergio? (Todos se saludan.)

CAYROL (Entrando.) Princesa... Herzog y su hija, La Brede y Sabino, aguardan á usted en el salón.

MIC. ¡Ah, sí! para empezar la partida de *lawn-tennis*... Vamos allá. (Movimiento de Marcela.)

SERGIO Quédate con tu madre: apenas os habéis visto. Yo te reemplazaré. (Ofreciendo el brazo á Juana.) Señora... (Juana, sin contestar, se coge del brazo de Cayrol y sale con éste.)

SERGIO Hasta luego. (Vanse todos.)

MIC. Adiós.

ESCENA IV

MARCELA y MICAELA

MARC. ¿Estás contenta?

MIC. (Abrazándola.) ¡Mucho, mamá!

MARC. Hace dos meses que no te veía. Mírame; así. ¿Eres feliz? ¿No tienes penas?

MIC. (Sonriente.) ¿Qué penas puedo yo tener?

MARC. Las que te cause tu marido.

MIC (Con suave reproche.) ¡Mamá!

MARC. ¡Oh! es que ese caballerito me ha engañado. ¡Vaya un cómico! ¡Miente con un arte!... Me había jurado no separarme de tí y se te llevó, sabiendo que yo no podía abandonar mis negocios en París.

MIC. Vamos, mamá, ¿por qué no le quieres? ¡Sería tan dichosa si pudiera veros unidos, amándome sin reservas!

MARC. ¡Qué buena eres, hija mía! Siempre sucede lo mismo: las mujeres buenas se casan con los hombres malos.

MIC. (Con mimo.) Supongo que no habrás venido expresamente para hablarme mal de Sergio...

MARC. (Con gravedad.) He venido para defenderte.

MIC. (Incrédula.) ¿Estoy amenazada?

MARC. Sí.

MIC. ¿En mi amor?

MARC. No. En tu fortuna.

MIC. Si no es más que eso...

MARC. No sabes lo que dices. Por el camino que lleva tu marido, dentro de un mes no quedará ni un céntimo de tu dote.

MIC. (Alegremente.) Tú me darás otra.

MARC. ¿Acaso te figuras que mi caja no tiene fin? Te dí cuatro millones de dote representados por un millón quinientos mil francos en valores, una finca en la calle de Rívoli y ochocientos mil francos colocados en la casa Desvarennes, cuyos intereses recibes con toda regularidad. El millón quinientos mil

francos voló, y mi notario ha venido á decirme que ha vendido la casa de la calle de Rívoli. ¿Qué ocurre? ¿Lo sabías tú?

MIC. No, mamá.

MARC. ¿Cómo puede ser eso? ¡Hace falta tu firma para todo!

MIC. Se la dí á mi marido. (Pausa)

MARC. ¿Cuándo?

MIC. Al día siguiente de la boda.

MARC. ¿Tuvo el valor de pedirte?...

MIC. (Sonriente.) Nada me pidió. Se lo ofrecí yo. Estábamos casados con separación de bienes.

MARC. Por prudencia. Con un hombre así...

MIC. Me dió vergüenza de tu desconfianza, que tanto le humillaba, y otorgué un poder general al príncipe.

MARC. ¿Y qué dijo?

MIC. Nada: se le saltaron las lágrimas y me dió un beso. ¡Qué lo gaste todo! ¡Soy tan feliz!

MARC. Hija mía, mereces que te encierren en un manicomio. Pero yo no puedo conformarme conque cambies tu dote por una lágrima y un beso. No son valores equivalentes.

MIC. ¿Pero no oyes que soy muy dichosa?

MARC. Sí, sí. Podrías serlo más barato. Para tu felicidad, no es preciso una cuadra llena de caballos de carrera. ¿Y el Círculo? ¿y el juego?

MIC. (Contrariada.) No es para tanto.

MARC. (Con cólera.) ¡Déjame en paz! Sé muy bien lo que me digo. Por eso he venido para arreglarlo todo. Hablaré con tu marido y me hará caso. Si no...

MIC. Mamá, ¿no comprendes que si reñís por eso tendré que ponerme de su parte?

MARC. (Aterrada.) ¿Tú?... ¡Micaela!

MIC. Ya sabía yo que me colocarías en tan difícil trance. Entre el cariño de mi marido y el respeto que te debo...

MARC. (Con amargura.) ¡Oh, ya veo que no vacilas!

MIC. Es mi deber, y si no le cumpliese... tú misma con tu buen sentido, comprenderías que hacía mal.

MARC. ¡Quién me lo había de decir! ¡Te han cambiado! No; tú no eres mi Micaela. ¡Desgraciada! Tú misma preparas tu infortunio. Piensas atraerte á tu marido con tus generosidades, y sólo conseguirás alejarle de tu lado cada vez más, facilitando su disipación y sus desórdenes. Y cuando crees darle pruebas de cariño, sólo demuestras tu debilidad. ¡Ah! ¡Ten cuidado! ¡Si te arrastras á sus pies, pasará por encima de tí!

MIC No le conoces, mamá Es un hombre honrado, un caballero, que agradecerá siempre todas mis delicadezas. Tú abominas de su modo de vivir porque no le comprendes. ¿Qué quieres? ¡Es de de otra raza que nosotros!

MARC. ¡Blasfemas!

MIC. (Con mimo.) Además, si cometemos locuras, ¿qué te importa? ¿Para quién quieres tu fortuna sino para tus hijos? Yo estoy satisfecha rodeando á mi príncipe de todo el esplendor que tan bien le sienta, y él me lo agradece amándome sobre todas las cosas; ¿no es bastante? ¿No sabes que si perdiese su cariño me moriría?

MARC. ¡No dices más que simplezas, hija mía!

MIC. (Con ternura.) No querrás darme el mayor disgusto de mi vida, ¿no es cierto? ¿No le dirás nada? ¿Estás contrariada? es natural..., pero yo te lo ruego, resérvatelo... y no se lo digas, ¡por amor mío! (Se arrodilla abrazándola.)

MARC. ¡Hija mía, cuánto me cuestas! Como tú quieras ¡callaré!

ESCENA V

DICHOS, SUSANA, SABINO, CAYROL, MARECHAL y PEDRO

SAB. ¿Conque en huelga, tía?

MARC. Sí; y vosotros, ¿qué hacéis?

SUS. Jugamos al *lawn-tennis* en el jardín una partida encarnizada, y venimos á llevarnos á

Micaela. Si trata usted de secuestrarla, nos pronunciaremos...

MIC. ¿Y Sergio?

CAYROL En la terraza hablando con mi mujer y viéndonos jugar.

MIC. Pues vamos. (Salen todos riendo.)

CAYROL (A Marcela.) ¡Qué bandada de locos!

ESCENA VI

MARCELA, CAYROL, MARECHAL y PEDRO

MARC. (A Cayrol.) ¿Por qué no me había usted dicho que mi yerno le había pedido dinero?

CAYROL (Sorprendido.) Pero...

MARC. Aunque estén delante Marechal y Pedro, puede usted hablar. No tengo secretos para ellos.

CAYROL (Con timidez.) En efecto, le he adelantado algunos fondos.

MARC. ¿Cuánto?

CAYROL (Confuso.) No recuerdo bien. He tenido mucho gusto en ponerme á disposición del príncipe.

MARC. ¡Mal hecho! Tendrá usted la bondad de no reincidir.

CAYROL ¿Pero usted quiere ponerme á mal con su yerno?

MARC. ¿Prefiere usted regañar conmigo?

CAYROL No; pero me pone usted en un aprieto. Le había prometido entregarle esta noche...

MARC. (Con viveza.) Se guardará usted bien de darle más dinero.

CAYROL (Riendo.) ¿Le sitia usted por hambre?

MARC. Por completo. He prometido á mi hija que no le diré nada, pero voy á tomar mis medidas.

PEDRO Mal sistema.

MARC. ¿Por qué?

PEDRO Porque para impedir las locuras del príncipe, va usted á ponerle en el caso de cometerlas mayores. Nosotros los ingenieros, cuando tropezamos con un torrente, no in-

tentamos ponerle diques que rompería con toda seguridad. Cambiamos su curso y le encauzamos. Haga usted lo mismo.

MARC. ¡Bah! Mi yerno ha cometido la torpeza de olvidar que soy yo quien tiene las llaves de la caja, y no puedo dejarle hacer lo que le acomode. Lo dicho, dicho, Cayrol: ni un céntimo. (A Pedro.) Dame el brazo y vámonos á buscar á mi hija. (Salen.)

ESCENA VII

CAYROL y MARECHAL

CAYROL. Esto se pone mal. ¿Qué piensa usted de la situación del príncipe?

MAR. ¿De su situación financiera?

CAYROL. No. Esa la conozco mejor que usted. De su situación con su suegra.

MAR. (Tranquilamente.) Si estuviéramos en Venecia en los tiempos del agua Tofana, de los esbirros y de los bravos, con el carácter de la señora, no me sorprendería que un día apareciese ahogado el príncipe en el fondo del canal Orfano. ¿Sabe usted lo que era el canal Orfano?

CAYROL No. Yo no sé de esas cosas, pero, en fin, ¿usted cree?...

MAR. Creo que entre suegra y yerno está declarada la guerra. Uno de los dos vencerá; ¿cuál? (Frotándose las manos.) Se hacen apuestas... (Sale.)

CAYROL ¡Bah! La princesa los reconciliará.

ESCENA VIII

CAYROL y SERGIO

SERGIO Acabo de pasar un rato delicioso, que no hubiera interrumpido, si usted no estuviera esperándome. ¿Tiene usted ahí eso?

CAYROL (Cortado.) Es el caso que...

SERGIO. (Con sequedad.) ¿Ha olvidado usted su promesa?

CAYROL No; pero acabo de hablar con la señora Desvarennes. (Tomando su partido resueltamente.) Su mamá política me ha prohibido adelantar á usted dinero. Mi posición es muy delicada. (Entra Herzog, que se detiene en el foro escuchando.) Debo á la señora Desvarennes cuanto soy, y me es muy penoso desairar á usted por complacerla.

SERGIO (Con desdén.) Basta: no se moleste usted más. Siento mucho el disgusto que usted experimenta.

CAYROL Crea usted que estoy desesperado... Ignoro lo que usted habrá hecho, pero su suegra está furiosa.. En su lugar de usted, procuraría reconciliarme con ella.

SERGIO (Con altivez.) Perdón, querido... Como banquero es usted excelente—cuando me facilita fondos,—pero como consejero, resulta usted detestable.

ESCENA IX

DICHOS y HERZOG que ha oído el final del diálogo desde el foro, acercándose

HER. Príncipe, ¿quiere usted hacerme el honor de aceptar esta cartera? Contiene cien mil francos.

SERGIO ¡Caballero!...

HER. Acepte usted. Si lo que voy á proponerle, no le conviene, me hará usted un recibo, estipularemos un interés cualquiera, y así no me deberá usted favor de ningún género.

CAYROL. (Saliendo por el foro.) (¡El príncipe en manos de Herzog!... ¡Malo, malo!)

HER. Poseo una cualidad de la que mis enemigos han abusado. Soy muy franco. Así, pues, voy á hablar á usted con toda claridad. En este momento atraviesa usted una situación difícil... Al día siguiente de casarse montó

usted su casa con lujo asiático, y como ha gastado usted sin medida confundiendo la renta y el capital, á estas horas está usted reducido á los expedientes.

SERGIO ¿A los expedientes?

HER. No discutamos. Nadie nos oye.

SERGIO (Con frialdad.) Continúe usted.

HER. Y como supongo que no cambiará usted de vida, necesitará usted un millón todos los años.

SERGIO (Con ironía.) No calcula usted mal.

HER. Es mi oficio. Tiene usted dos medios de obtener dinero. El primero consiste en reconciliarse con su suegra, aceptando su tutela.

SERGIO Veamos el segundo.

HER. Consiste en dedicarse á los negocios que voy á proponerle.

SERGIO Para los negocios hace falta experiencia... que yo no tengo...

HER. Basta con la mía.

SERGIO Y dinero que tampoco poseo.

HER. Yo se lo ofrezco á usted.

SERGIO Entonces, ¿qué tengo que hacer?

HER. Utilizar sus grandes relaciones, la consideración que merece el yerno de la señora Desvarennes, y el prestigio de su propio apellido.

SERGIO Mis relaciones son completamente personales y mi suegra me es hostil...

HER. Eso será cuenta mía. Al fin y al cabo, es usted el marido de su hija.

SERGIO Por último, mi nombre no me pertenece. Es de mis antepasados.

HER. Justamente, por eso vale más. ¿Y qué hacían sus gloriosos antepasados de usted sino imponer tributos á sus vasallos, y saquear á los vencidos? Nosotros, los negociantes modernos hacemos lo mismo. Nuestros vencidos son los especuladores, y nuestros vasallos los accionistas. También somos príncipes, porque hemos fundado una nueva aristocracia. El feudalismo del oro.

SERGIO Algunos sucumben...

HER. ¡Bah!... Los débiles. Las grandes maniobras

del dinero envuelven en sus redes intereses vastísimos!... Ahora mismo acabo de fundar una de esas sociedades poderosas que todo lo dominan. Sólo su título, *El crédito europeo*, es todo un programa. Usted es ambicioso, príncipe, pero toda su ambición ha sido hasta ahora muy mezquina. Triunfos del amor y de la elegancia... ¡Miserias! Venga usted conmigo y manejará usted la única fuerza que todo lo domina, los hombres y las cosas.

SERGIO (Bromeando.) Estamos representando el prólogo del *Fausto*... ¿Dónde está el pacto?... ¿Dónde firmo?

HER. No hay nada que firmar.. Entre usted en el negocio y estúdielo con calma. Cayrol es de los nuestros, y ya ve usted si es hombre prudente.

SERGIO No lo ha sido mucho portándose mal conmigo.

HER. Desde ahora en adelante, no volverá usted á necesitarle. Dentro de algunos años tendrá usted una fortuna mayor que la que pueda usted soñar. Conque, ¿estamos conformes?

SERGIO (Después de vacilar.) Conformes.

HER. Hasta la vista, pues. (Vase.)

ESCENA X

SERGIO solo. Toca el timbre. Entra un Criado; Sergio mete dos paquetes de billetes en un gran sobre y escribe la dirección

Lleve usted esto. (Se levanta, permanece pensativo y luego se dirige al foro.) ¡Mi suegra y Juana! ¿Disputan?... ¿Qué dicen? Oigámos. (Se esconde detrás de la «portiere» de la izquierda.)

ESCENA XI

MARCELA, JUANA y SERGIO escondido

MARC. ¿Por qué has venido? ¿Qué haces aquí?

JUANA (Turbada.) No he tenido otro remedio... Micaela nos ha convidado...

MARC. ¿Qué vienes á hacer aquí? (Furiosa.) ¿Te has cansado ya de ser honrada?

JUANA ¿Por qué me injuria usted?

MARC. Porque has faltado á tu palabra.. Porque cuando te creía lejos, muy lejos de aquí, te encuentro en esta casa familiarizándote con el mal, desafiando el peligro. ¿Por qué no has cumplido tus promesas?... ¡Responde!

JUANA He llorado mucho esperando inútilmente que se realizaran las esperanzas que usted me había hecho entrever. Me he dirigido en vano, al cielo pidiéndole amor para mi marido... y ese hombre me sigue siendo tan odioso como antes y tengo que mentir á todas horas, descorazonada é impotente para seguir luchando.

MARC. ¡Desgraciada!

JUANA Sí; muy desgraciada porque no tengo á quien volver los ojos; nadie que me apoye y me defienda ¡En una hora de locura y desesperación puedo perderme!

MARC. (En voz baja.) ¿Le amas?

JUANA ¡Qué se yo! Hay momentos en que le odio. Desde que estoy aquí, comprendo que debería irme. y sin embargo no tengo valor para marchar.

MARC. Eso es lo que yo me temía. ¡No debes permanecer ni un momento más aquí! Yo hablaré con tu marido.

JUANA ¡Oh!

MARC. No temas. Pretextaré... cualquier cosa... un negocio urgente, y nos iremos juntos... ¿Quieres?... Vamos. ¡Valor! Voy á buscarle, y nos marcharemos esta misma noche. Espérame aquí. (Vase.)

ESCENA XII

JUANA. Después, SERGIO. Juana permanece silenciosa. Sergio aparece avanzando lentamente

SERGIO ¡Juana!

JUANA ¡Ah! (Levantándose y disponiéndose á salir.)

SERGIO ¿Por qué huye usted de mí? Estaremos juntos poco tiempo. Además, ¿quién se ocupa de nosotros? ¿No los oye usted reir alegres y desocupados? (Se oye un vals.) ¡Un vals! Ahora bailan... ¡y siempre lo mismo! ¡Vida efímera é insustancial que atravieso indiferente!

JUANA ¡Indiferente! ¿Por qué? ¿No posee usted cuanto deseaba?

SERGIO Sí; pero me equivoqué en mis deseos. Apenas ha transcurrido un año, y estoy fatigado. Usted me lo dijo y tenía usted razón. Tuve el capricho de la riqueza, y todo lo sacrifiqué á mi ambición del momento.

JUANA ¿Qué le falta á usted? ¡Es usted amado!

SERGIO ¿Y qué? ¡si yo no amo! En esta existencia lujosa y brillante que llevo, sólo he hallado satisfacciones materiales, que en seguida me fatigaron... ¡Estoy cansado! He tratado de distraerme engañando mi corazón. Me he lanzado en el torbellino de las pasiones sin freno... y cada vez estoy más abrumado, más ahito .. Hay momentos en que tengo deseos de partir, abandonándolo todo... Otra sería mi suerte si me hubiera dejado guiar por una mano adorada...

JUANA ¡Sergio!

SERGIO Pero cuando esa mano se me tendió generosa y amante, la rechacé como un loco ó un miserable.

JUANA ¡Oh! Calle usted, se lo suplico. No me recuerde usted aquellos días malditos. Los he borrado de mi memoria. Haga usted lo mismo.

SERGIO Lo intento en vano.

JUANA (Con angustia.) ¡Después de tantas tristezas, he llegado á conseguir la paz de mi alma! No la perturbe usted.

SERGIO ¡La paz de tu alma! ¡Juana, no mientas!... Lo sé todo... Te he oído hablar, escondido ahí.

JUANA ¡Dios mío!

SERGIO No he perdido ni una sola de tus palabras, enamoradas y coléricas á la vez, y al oirlas, he sentido que se repercutían hondamente en mi corazón... ¡Juana! Separados por mi locura, nos une la desgracia, y aún podemos aspirar á la dicha olvidando todos nuestros sufrimientos.

JUANA (Con espanto.) ¡Oh, cállese usted!

SERGIO ¡No, no! ¿A qué resistir? ¡En un momento, el pasado entero surge en mí, avasallador . imperioso! Vuelvo á encontrarte... ¡Te amo! ¡Jamás he amado á nadie más que á tí!

JUANA ¡Por Dios, cáyese usted!

SERGIO (Con pasión.) ¿Que me calle? Bueno. Callaré. ¿y qué me importa? ¿Por ventura necesito decirte lo que tú sabes y lo que tú piensas? ¡No, no se puede destruir el pasado! Todo nos le recuerda. La obscuridad de esa noche que nos rodea, las estrellas que brillan en el cielo, el perfume de esas flores que languidecen y se agostan, enervándonos el corazón y los sentidos... ¿No es cierto, ¡alma de mi alma! que tú también te acuerdas? ¡Juana, te adoro! Y tú, ¿ya no me quieres?

JUANA (Abandonándose.) ¡Dios mío! (Imperceptible.) Sí...

SERGIO ¡Juana!

JUANA (Recobrándose.) ¡Oh! ¡Déjame! ¡Estoy loca!

SERGIO ¿Me amas?

JUANA ¡Debía odiarte! ¡Déjame! ¡Déjame salir!... ¡Todo nos separa! ¡Mi deber... el tuyo... y mi voluntad!

SERGIO ¡No, no es cierto, eres mía!

JUANA (Con un esfuerzo de energía.) Dé usted un paso más, y llamo.

SERGIO ¡Llama! ¿qué me importa?

JUANA ¡Sergio, por piedad! ¡Esto es infame! ¡Odioso!

SERGIO ¡No; me perteneces, me amas y te recobro!

JUANA ¡No!
SERGIO ¡Atrévete á decirlo! ¡Dí que no me amas!
JUANA (Cayendo en sus brazos.) ¡Ah!

ESCENA XIII

DICHOS y MICAELA. Esta levanta la «portiere» y ve á Sergio y á Juana

MIC. ¡Ah! (Cae hacia atrás, la «portiere» la cubre.)
JUANA ¡Ah! (Sale corriendo por la derecha. Sergio se lanza á la «portiere» y la levanta.)
SERGIO ¡Nadie! (La vuelve á dejar caer y se sienta con abatimiento.) ¿Quién estaba ahí?

TELON RAPIDO

ACTO CUARTO

En París. Un salón en casa de Cayrol. Puerta á la izquierda, primer término. En segundo, la del cuarto de Juana. Al fondo, á la izquierda, chimenea. Puerta al fondo que se abre para adentro. A la izquierda, primer término, un canapé; á la derecha, una mesa con una lámpara encendida, timbre, tintero, etc. A la izquierda de la mesa sillas y butacas. En la chimenea, candelabros y un grupo de bronce. Delante, mecedoras. En primer término, á la derecha, ventana. A lo lejos «pianissimo» suenan los acordes de un «quartetto».

ESCENA PRIMERA

CAYROL, SABINO y MARECHAL. Entran por la primera izquierda

SAB. Huyamos del cuarteto.

CAYROL Aquí, en el gabinete de mi mujer, estarán seguros sus oídos de usted... Desde aquí no se oye casi nada.

SAB. Afortunadamente... Pero, ¿qué endiablada idea tuvo usted de darnos tan mal concierto después de tan buena comida?

CAYROL No fuí yo, amigo mío. Eso son cosas de Juana, que adora la música. Yo no entiendo ni una palabra... pero tranquilícese usted, ahora empezará el baile.

MAR. ¿No le gusta á usted la música?

SAB. Sí, la música militar. Pero, con franqueza,

dos horas de Schumann y de Mendelsohn, son mucho para un hombre solo.

CAYROL A mí me pasa lo mismo... en sacándome de mis números...

SAB. ¿Y qué me dicen ustedes de Susana, la hija de Herzog?

MAR. ¿Qué pasa?

SAB. Una friolera. El padre, huído, y la hija, bailando.

MAR. ¿Quién le ha dicho á usted que Herzog ha huído?

SAB. El rumor público... La quiebra es ya oficial, y hay mucha gente comprometida en un negocio tan feo... Parece ser que también al príncipe alcanzarán las responsabilidades. (Sabino sale.)

ESCENA II

DICHOS, MARCELA y PEDRO

MARC. (A Cayrol.) A usted buscaba.

CAYROL ¿Qué noticias tiene usted?

MARC. Lo que sospechábamos... Pedro acaba de llegar de Londres y le contará á usted.

PEDRO Allí está Herzog, que para cubrirse de una operación hecha en común con el príncipe, ha lanzado diez millones en títulos del Crédito Europeo...

CAYROL Míos... Un robo sencillamente.

MAR. ¿Y crees tú que Herzog no volverá?

PEDRO Es más hábil que todo eso; volverá porque sabe que, comprometiendo al príncipe, compromete á la casa Desvarennes y está perfectamente tranquilo.

MARC. ¿Ha venido mi hija?

MAR. Sí, señora... El príncipe aparece impasible... tiene más sangre fría de lo que yo creía.

CAYROL ¡Bah! aun ignora la catástrofe, y cuando se lo digan, no lo creerá. Tiene ciega confianza en Herzog. Cuando hace tres semanas liquidé con el Crédito Europeo, Sergio me acusaba de envidioso de Herzog... Ayer mis-

mo le supliqué que rompiera con ese pillastre, explicándole los riesgos que corría, y no me hizo caso.

MARC. ¡Claro! ¿Qué le importa? ¿No estoy yo aquí para entretener su pereza y alimentar su lujo...? Como él dice: La panadera tiene dinero, que lo gaste... (*Con violencia.*) ¡Esto tiene que acabar de una vez!.. Marechal, dígale usted que venga, que necesito hablarle... (*Mutis de Marechal.*) Cayrol, de usted depende la solución de este vergonzoso negocio... Cueste lo que cueste es preciso sofocar el escándalo.

CAYROL ¿Quiere usted que yo mismo vea á Herzog? Esta misma noche saldré para Londres. A las doce y cuarenta hay un tren.

MARC. Gracias.. El príncipe..! Déjenme ustedes sola con él. (*Salen: entra Sergio.*)

ESCENA III

MARCELA y SERGIO

SERGIO ¿Me llamaba usted?

MARC.. Sí... entre nosotros huelgan las palabras inútiles... ¿Vió usted ayer á Cayrol?

SERGIO Sí, señora.

MARC. Habló con usted de parte mía. La situación es muy grave y no puedo menos de repetir á usted lo que él le dijo... Si conserva usted un rastro de cordura, sepárese usted inmediatamente de Herzog...

SERGIO ¿Y por qué, señora?

MARC. Porque el negocio en que ustedes se han metido, amenaza ruina... porque abusan de la inexperiencia de usted... y porque á estas horas es usted cómplice de un abuso de confianza y de varias estafas..

SERGIO Señora...

MARC. Ese hombre ha seducido á usted con la esperanza de no sé qué ganancias... Le ha engañado; y viéndose perdido por completo, para salvarse le perderá á usted también.

SERGIO Imposible.

MARC. Ese hombre es un estafador... y usted resultará públicamente su cómplice... ¡Ea!... yo lo pagaré todo para salvar á usted... pero es preciso que usted rompa legal y públicamente con él... Renuncie usted inmediatamente el cargo de Presidente del Consejo de Administración de esa cuadrilla de bandidos...

SERGIO ¿Y quién me asegura que todo esto no es un lazo que usted me tiende?

MARC. ¿No me cree usted?

SERGIO No; gracias á Herzog... me he librado de su tutela de usted... y no quiero caer de nuevo entre sus manos... ¿No es eso lo que usted quiere?

MARC. Lo que yo quiero es conservar intacto mi honrado nombre... (Con emoción.) ¡Vamos, príncipe! hágame usted caso, se lo suplico... pídame usted en cambio lo que quiera.

SERGIO (Sardónico.) Como Sabino, como su sobrino de usted, con la condición de ser bueno y obediente...

MARC ¡No agote usted mi paciencia!... ¿Es usted tan insensato que no comprende que si no fuese por mí no existiría, que puedo anularle en una hora?..

SERGIO (Con rabia.) Sí, lo sé; y sé también que lo haría usted con verdadero placer... ¡si pudiera!... Señora, voy á decírselo á usted de una vez para siempre... Tengo muy poca calma, no me gusta que nadie cohiba mi voluntad y me crispan los nervios las escenas de familia... ¿Lo ha entendido usted?... Pues nada más tengo que añadir.

MARC. ¿Pero quién es usted para hablarme así? ¿Quién es usted en mi casa?... Casi menos que un dependiente de mis oficinas.. ¡Un marido á mis espensas!

SERGIO (Con un terrible movimiento.) ¡Oh!

MARC. ¿Quiere usted luchar conmigo? No sabe usted á lo que se expone... Está usted en mis manos... Conozco la cifra exacta de lo que usted debe en el juego; sé cuanto usted hace. He pagado sus deudas tres veces... y

por último... conozco á la mujer con quien engaña usted á mi hija... ¡Sí, la conozco! ¡Es Juana! esa... desgraciada, á quien usted ha perdido de un modo infame... Hace mucho tiempo que lo sé todo, y sin embargo, he tenido la prudencia de callar...

SERGIO Dígalo usted cuando guste...

MARC. ¿Me provoca usted? ¡Cínico! Basta ya... Hasta hoy le ha protegido á usted el cariño de mi hija... pero no olvide que basta con que yo pronuncie una sola palabra para que también ella le desprecie á usted y le abandone, y entonces... ¡otra vez! al medio de la calle, de donde le recogimos... (Micaela aparece en el fondo.)

SERGIO ¡Pues bien, pronuncie usted esa sola palabra; ahí la tiene usted!

MARC. ¡Micaela! (Avanza rápidamente hacia su hija, se detiene y se deja caer sobre el canapé desfallecida.) ¡Oh, infame!.. ¡Qué desgracia! (Llorando.)

ESCENA IV

DICHOS, MICAELA, después JUANA y CAYROL. Micaela aparece en el dintel de la puerta, al ver á su madre desciende rápidamente y se sienta al lado suyo

MIC. ¿Qué tienes? ¿Estás enferma? ¿Qué te sucede?

MARC. (Dominándose.) No; nada... ¿Y á tí...? ¡estás pálida... ojerosa!...

MIC. (Con sonrisa triste.) No... estoy como siempre.

CAYROL (Entrando, á Juana.) Sí, querida mía; me voy dentro de media hora... (Hablan.)

MARC. ¿Por qué has venido á este baile?

MIC. (Mirando rápidamente á Juana.) Sergio quiso venir y no he querido dejarle solo... Pero ahora nos iremos.. (A Sergio.) ¿Me acompañarás? (Juana hace á éste un rápido signo negativo.) (¡Se hacen señas!)

SERGIO Mi querida Micaela... Antes de ir á casa quisiera pasar por el círculo... Me he compro-

metido... estarán esperándome... Dispénsame pues... Tu madre te acompañará.

MIC. (Temblorosa.) Está bien. ¿Cuándo te vas?

SERGIO En seguida.

MIC Pues yo también me iré...

JUANA (Bajo á Sergio.) Dentro de una hora... dejaré abierto... (Sergio sale.)

MIC. (¡Están hablando!)

CAYROL (Que ha permanecido hablando con Marcela.) En cuanto llegue a Londres telegrafiaré.

MIC. ¿Se va usted?

CAYROL Sí, princesa, en seguida... Tengo un negocio urgente y muy importante que ultimar... Con el permiso de usted me voy á prepararlo todo... Juana, te recomiendo mis invitados... (Sale por el fondo con Juana.)

ESCENA V

MICAELA y MARCELA, MARECHAL después

MIC. (Colérica. Aparte.) (Estará sola... Le ha dicho que vuelva...)

MARC. ¿Qué pálida estás? ¿Tiemblas? ¿Tienes fiebre? ¿Qué te pasa?... Ah, vámonos; vamos á dar un beso á Juana, y..

MIC. (Con horror.) ¡Besarla! ¿yo?.. (Con sorda violencia.) ¿Pero no los has visto?...

MARC. (Temiendo comprender) ¿Qué quieres decir?

MIC (Con desesperación.) ¡Que se aman... y que yo me muero! (Cae medio desvanecida.)

MARC. ¡Micaela!... ¡Hija mía, responde! Voy á llamar.

MIC. (Deteniéndola.) ¡Calla! Calla... que no nos oigan... Debí callar... pero sufro demasiado y no he podido resistir... ¡Mamá! ¡Mamá, tú que tanto me quieres, sálvame! ¡Llévame contigo, arráncame de esta infamia! ¡Sácame del corazón el daño que me han hecho!

MARC. (Cayendo de rodillas delante de su hija.) ¡Pobrecita mía! ¡Sufrías en silencio! Estúpida de mí que no supe adivinarlo. No llores más, angel mío, por piedad... me desgarras el cora-

zón. Perdóname por haber sido tan débil ¡Ah! ¿por qué no supe resistir á tus súplicas, á tus lágrimas? ¡Te he querido demasiado, y Dios me castiga!...

MIC. ¡Quisiera morir!

MARC. ¿Morir? ¿Tú? Micaela, no digas locuras... Morir porque ese hombre te engaña.. ¿Acaso los hombres merecen que se muera por ellos?... No, ángel mío, tú vivirás conmigo, con tu madre... Te separarás de tu marido...

MIC. Y así quedará libre... para amarla... Hace poco sonreía... ¿sabes por qué? Porque Cayrol se va y durante su ausencia podrán verse .. Esta misma noche...

MARC. ¿Quién te lo ha dicho?

MIC. Lo he leído en sus ojos... Traidor á todos, traidor para mí, traidor consigo mismo, ese es el hombre á quien pertenezco... á quien me avergüenzo de haber amado.

MARC. Cálmate... Alguien viene.

MAR. (Por el foro.) Perdón... no había visto... (Deteniéndose.)

MARC. Pase usted, pase usted.

MAR. Su coche de ustedes está esperando.

MARC. Vamos, hija mía... ¡Valor!

MIC. No. ¡Dios mío, más me valía morir!

MARC. ¿Morir?... ¿Tú? ¡Mi hija! (Se oye á Cayrol hablar dentro.) ¡Cayrol! ¡Ah! Anda, Micaela, Marechal te acompañará... En seguida voy. (Micaela sale con Marechal por la izquierda.)

ESCENA VI

MARCELA y CAYROL; después PEDRO y JUANA. Cayrol en traje de viaje, Marcela se dirige á su encuentro, le toma la mano, y descienden hasta la puerta izquierda, primer termino

CAYROL Vaya... adiós, señora, y hasta mi vuelta.

MARC. No, usted no puede marcharse hoy..

CAYROL (Sorprendido.) ¿Por qué? ¿Vamos á dejar tantos intereses en peligro?

MARC. ¡Qué importa! No se puede usted marchar.

CAYROL ¿Por que?

MARC. Se trata de algo que importa más que todos los negocios del mundo. Se trata del honor.

CAYROL ¿El honor? ¿Qué dice usted? (Pedro aparece en el fondo.)

MARC. Se lo he prometido... á usted, y cumplo mi palabra... Si quiere usted conocer á su rival, márchese en seguida, pero vuelva usted después .. y le encontrará... aquí mismo.

CAYROL ¿Mi rival?... ¿Aquí? ¿En mi casa? ¿Con Juana?... (Violento.) ¡Los mataré á los dos! (Después, aniquilado se deja caer sobre una silla.)

PEDRO (Acercándose vivamente á Marcela.) Señora, lo que acaba usted de hacer es espantoso...

MARC. ¡Están matando á mi hija, y la defiendo! ¡Tanto peor para ellos! (Sale por la izquierda.)

JUANA (Entrando por la izquierda.) ¿Te vas, Pedro?

PEDRO (Turbado.) Sí. Me marcho... (Va á acercarse á Juana, pero Cayrol al advertirlo se interpone rápido.) ¡Adiós! (Sale dominando su turbación.)

JUANA ¡Adiós!

CAYROL (Dominándose.) (No... no es posible.)

ESCENA VII

CAYROL y JUANA

CAYROL Juana, me da pena abandonarte. Es la primera vez que nos separamos... ¿Por qué no vienes conmigo?... Te lo suplico.. acompáñame.

JUANA (Sonriente.) No puede ser... Estoy en traje de baile.

CAYROL ¡Bah! Envuélvete en tu abrigo de pieles... Dame esa prueba de cariño.., ¿No la merezco? Soy un pobre hombre pero... ¡Te quiero mucho!

JUANA Eso es una niñería... Mañana estarás aquí... Además, estoy muy cansada... Ten lástima de mí...

CAYROL ¿No quieres venir?

JUANA No.

CAYROL Está bien.

JUANA Vamos, no te vayas enojado conmigo. (Con zalamería.) Adiós, y que duermas toda la no-

che en el tren según tu costumbre... Adiós. (Se despiden; Juana se sienta, Cayrol vuelve desde la puerta, vacila, la besa en la frente y sale corriendo.)

ESCENA VIII

JUANA sola, después un criado y la doncella

JUANA ¿Qué tiene? ¿Por qué esa emoción? ¿Si acaso?... ¡Estoy loca! (Toca el timbre. Entra el criado con otra lámpara.) ¿Queda alguien en el salón?

CRIADO No señora... Se han ido ya todos. (Sale.)

DONC. (Entrando.) El señorito Pedro me acaba de dar esta tarjeta para la señora...

JUANA Está bien; vete. (Sale la doncella. Rompiendo el sobre y leyendo en alta voz.) «Aun á riesgo de ofenderte, obedezco á un movimiento espontáneo avisándote. Mi silencio causaría irreparables desgracias... Tu marido lo sabe todo... Sálvate antes de que te sorprendan. Adiós, Juana, antes de salir de tu casa habré olvidado cuanto acabo de escribir.» ¡Dios mio! (Atónita, como herida por un rayo por lo que acaba de leer, se deja caer abismada sobre el canapé.)

ESCENA IX

JUANA y SERGIO. Este entra por la puerta de la alcoba de Juana, de puntillas, cierra todas las puertas y corre los pestillos

JUANA ¡Ah!... Sergio, estamos perdidos... toma; lee... (Le da la carta. Sergio la lee y la arroja al fuego.) ¿Qué hacer?

SERGIO Huir.

JUANA Sí, tienes razón, huyamos... Es preciso que mi marido no nos encuentre. Soy tu verdadera esposa, la compañera de tu vida... ¡Pues bien, recobro mis derechos que pagaré con mi honra! ¡Rompamos todas las ligaduras! ¡Soy tuya! ¡Nuestra caída nos unirá más estrechamente... por siempre!

SERGIO Piensa bien que conmigo te aguarda la miseria.

JUANA ¡Y qué me importa, si me amas!

SERGIO — Gracias, alma mía, gracias... Vamos. (Juana se coloca una gran mantilla de encaje que hay sobre una butaca. Sergio entra en el gabinete de Juana y vuelve á entrar en seguida pálido y muy agitado.)

JUANA — ¿Qué tienes?

SERGIO — Han cerrado la puerta por fuera.

JUANA — ¿Cómo?

SERGIO — (Colérico.) Es preciso salir. (Se dirige al foro.)

JUANA — ¡No, por ahí no!... ¿Y si está escondido, acechando?... Por aquí, por la galería... (Descorre el cerrojo, pero la puerta de la izquierda no cede.) ¡Ah!... también cerrada.

CAYROL — (Fuera.) ¡Juana! ¡Juana! (Golpeando en el foro.) ¡Abre! ¡abre!

JUANA — (A Sergio.) ¡Vete!... ¡Sálvate!... ¡Rompe el pestillo de la puerta de la escalera de servicio... y estás libre!

SERGIO — ¿Y tú?... No... aquí espero...

CAYROL — ¡Abre!... ¡Os oigo hablar!... ¡Abre! (Golpeando furiosamente.)

JUANA — (Empujando á Sergio.) ¡Vete, por mi amor! ¡Sergio... sálvate! (Entran un instante, se oye el ruido de una puerta que salta hecha pedazos. Aparece Juana cubriendo con su cuerpo la puerta de su cuarto. En este instante salta la cerradura de la puerta del foro y aparece Cayrol lívido, enloquecido.)

CAYROL — ¡Juana!... ¿Dónde está ese hombre?... ¡Le he visto entrar aquí! ¡Ah! ¡ahí! (Se abalanza sobre ella.)

JUANA — ¡No, no entrarás! (Forcejean. Cayrol logra apartarla y entra; vuelve á salir.)

CAYROL — ¡El miserable ha huído!... ¡Cobarde! (Al ver otra vez á Juana, se dirige furioso, amenazador hacia ella que cae desvanecida sobre sl canapé.)

CAYROL — ¡Desgraciada, vas á morir!

JUANA — ¡Mátame! (Cayrol va á ahogarla pero caen sus brazos, se le llenan los ojos de lágrimas y cae llorando como un niño sobre un sillón.) ¡Si no puedo!... ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Ah! ¡ah! (Llorando con desesperación.)

TELÓN



ACTO QUINTO

En París, en casa del Príncipe. Salón de severo estilo, espejos, tapicerías y mobiliario antiguo. Trofeos de armas antiguas y modernas. Puerta al fondo y á la izquierda. A la derecha, puerta de escape disimulada en la tapicería. Mesa grande de talla en el centro; á cada lado de la mesa, una silla. A la derecha, en primer término, un canapé. Al fondo, á cada lado de la puerta, una consola. Junto á la de la izquierda, mueble pequeño.

ESCENA PRIMERA

MARCELA y MARECHAL. Al levantarse el telón, Marcela está sentada ante la mesa del centro. Escucha atenta, se levanta y va hacia la puerta del foro y vuelve á sentarse. Medita un instante y se dispone á escribir, pero después de nueva vacilación, arroja la pluma, arruga el papel y permanece absorta en sus meditaciones. Gran pausa. Entra Marechal por la izquierda

MAR. Señora.
MARC. (Levantándose.) Al fin ha llegado usted.
MAR. Vengo de casa del señor Cayrol.
MARC. ¿Le ha visto usted?
MAR. No, señora. Ha pasado la noche encerrado en su despacho y ha prohibido terminantemente que nadie le moleste.
MARC. ¿Ha notado usted algo de anormal en la casa.
MAR. Nada... absolutamente. Pero al volver he pa-

sado por «Crédito Europeo» y he visto cerradas las oficinas.

MARC. ¿Ya? (Con agitación mal reprimida.) ¿Y el príncipe?

MAR. Lo ignoro. Probablemente habrá permanecido en el Círculo toda la noche.

MARC. (Abatida y con preocupación.) Probablemente

MAR. ¿La princesa está mejor?

MARC. Mejor. Muchas gracias. Está abajo en mis habitaciones.

MAR. Si usted me lo permite, me retiro. (Va á salir.)

MARC. (Con viva emoción.) ¿Oye usted? Acaban de abrir la puerta á un carruaje.

MAR. (Desde la antesala) Es es el señor Cayrcl.

MARC. Dígale usted que estoy esperándole. (Marechal sale.) ¡Cayrol! ¡Dios mío, qué habrá pasad.! (Cae abrumada sobre una silla.)

ESCENA II

M.RCELA y CAYROL. Este entrando por la izquierda

CAYROL Tenía usted razón. Volví y me faltaron energías para matarla. Creí que era más fácil. (Marcela se levanta apoyándose sobre la mesa.)

MARC. (Profundamente turbada.) Bastante me pesa lo que ayer dije.

CAYROL Y la ocasión no podía ser mejor. Imagínese usted... Estaban juntos; bajo el techo de mi casa... Él huyó... La ley me daba derecho para matarla... y me faltó el valor... ¡Aun viven... y Juana le ama! (Pausa.)

MARC. ¿Y qué va usted á hacer?

CAYROL Desembarazarme de él de otra manera.

MARC. ¿Cómo?

CAYROL Obligándole á desaparecer.

MARC No lo hará.

CAYROL Le desafío á que no me obedezca. El príncipe me ha robado y le trataré como á un ladrón.

MARC. Un hombre honrado como usted no se defiende de ese modo.

CAYROL Cada uno se defiende como puede.

MARC. (Levantándose y con altanería.) Presente usted sus créditos y yo pagaré.

CAYROL (Amargamente y fuera de sí.) ¿Me pagará usted también mi honra perdida para siempre? ¡Sufro demasiado y quiero vengarme!

MARC. ¿Pero está usted loco...? No es al culpable á quien va usted á herir, sino á los inocentes. Cuando mi hija y yo muramos de desesperación, ¿será usted menos desgraciado?

CAYROL No... pero entre Juana y ese hombre quisiera poner un mundo. ¡Cuando pienso que esa mujer es de otro!... Debería olvidarla y no puedo vivir sin ella... Sé que soy indigno, pero ¡la adoro!

MARC. ¡Ah! Perdónela usted.

CAYROL Mi resolución es irrevocable. Si no parte esta misma noche, presentaré las pruebas de sus estafas á los tribunales, y me vengaré... Solo he venido para prevenir á usted.

MARC. Está bien. Muchas gracias por haberme avisado. Dejo á usted entregado á su conciencia.

CAYROL (Con amargura.) ¡Mi conciencia!

MARC. Adiós. (Levantándose y haciendo ademán de salir.)

CAYROL Debo haber caído muy hondo para permanecer insensible ante las palabras de usted, á quien debo cuanto soy... ¡Oh! Me envilezco, me degrado. ¡Ah! ¡Dios mío! Perdóneme usted, pero no puedo más... Adiós, señora. Adiós. (Sale por la izquierda.)

ESCENA III

MARCELA. MARECHAL por el foro

MAR. El príncipe acaba de llegar...

MARC. (Levantándose.) Allá voy.

MAR. (Deteniéndola.) Espere usted. Ahí fuera hay alguien que pregunta por el príncipe, y á quien no debe usted ver.

MARC. ¿Quién es?

MAR. Herzog.

MARC. (Colérica.) ¿Tiene la audacia de presentarse aquí? ¡Que le echen!

MAR. ¿Para qué, señora? ¡Quién sabe, acaso sea útil su visita.

MARC. Tiene usted razón. No debo encontrarme con ese... miserable. Luego veré al príncipe. (Sale por la izquierda.)

ESCENA IV

MARECHAL. Después HERZOG. Marechal llama. Entra un criado. Ceremonia. Herzog entra y saluda á Marechal, que le vuelve la espalda y sale por la izquierda

HER. (Se contempla en silencio, se encoge de hombros.) ¿No me saludan?... ¡Bah! Todo se ha descubierto.

ESCENA V

HERZOG y SERGIO

SERGIO (Entrando por la dereccha.) He estado en su casa de usted esta mañana.

HER. Por eso vengo.

SERGIO ¿Por qué no he tenido noticias de usted en tanto tiempo?

HER. Porque las que hubiera podido comunicar á usted no eran buenas.

SERGIO (Con despecho.) En este negocio me ha tratado usted como á un chiquillo. ¿Qué se han hecho de las halagüeñas promesas con que me alucinaba usted?

HER. (Con tranquilo sarcasmo.) El juego tiene sus azares. Se busca un Austerlitz y surge un Waterlóo.

SERGIO Me ha engañado usted de un modo indigno.

HER. ¿Yo? Muy bien; ya me lo esperaba. Si el negocio hubiera resultado bien habría usted aceptado sin escrúpulos su participación en los beneficios. Pero ha fracasado y rehuye usted el reparto en las responsabilidades.

SERGIO (Mirándole fijamente.) ¿Quién me asegura que

esa especulación que me pierde á mí, no le enriquece á usted?

HER. (Irónico.) ¡Ingrato! ¿Sospecha usted?

SERGIO (Furioso.) Creo que me ha robado usted.

HER. ¡Calma, príncipe, calma! No olvide usted que somos socios.

SERGIO ¡Miserable!

HER. ¿Insultos? Está bien, presento á usted mis respetos. (Dirigiéndose hacia la puerta.) Hace usted mal en reñir conmigo, porque tengo otras combinaciones. (Pequeña pausa.)

SERGIO (Con desaliento.) Basta. Estamos perdidos.

HER. Solo se pierden los débiles. Los fuertes y los hábiles se salvan. Tres veces me he arruinado y las tres veces he rehecho mi fortuna. He caído... pues ya me levantaré.

SERGIO ¿Y si no puede usted?

HER. Esta noche estaré en Alemania. Desde lejos reflexionaré y podré juzgar mejor la situación. Véngase usted conmigo.

SERGIO Imposible.

HER. Entonces acepte usted un último consejo que vale más que todo el dinero que ha perdido. Cuénteselo usted todo á su mujer. Ella puede arreglarlo. (Va á salir por el foro.)

SERGIO (Deteniéndole.) No, por ahí no. (Acompañandole á la puerta de escape de la derecha.) Por aquí no enencontrará usted á nadie.

HER. Tanto mejor. Ea, adiós. (Le tiende la mano que Sergio no acepta.) (¿Orgulloso también? Después de todo, está en su derecho; para eso paga.) (Sale por la derechà. Gran pausa.)

ESCENA VI

SERGIO y MICAELA, por la izquierda

SERGIO Tiene razón. Sólo Micaela puede salvarme. (Micaela entra andando trabajosamente. Al verla.) ¿Te has levantado ya, mi querida niña? Me habían dicho que estabas ligeramente indispuesta y me disponía á verte.

MIC. Gracias. He sabido que había usted vuelto y he venido... (Vacila.)

SERGIO (Adelantándose para sostenerla.) ¡Micaela!

MIC. (Apartándole con un rápido. gesto) ¡Gracias! (Pausa.) Aunque sea penosa, urge una explicación entre nosotros. Hubiera preferido callar toda mi vida, pero los acontecimientos se precipitan, y dentro de algunas horas acaso sea demasiado tarde.

SERGIO ¿Qué calumnia han podido inventar? ¿De qué se trata?

MIC. De toda la verdad que por tanto tiempo han sabido ocultarme. Durante la cruel noche pasada, mi madre ha tenido ¡al fin! valor para decírmelo todo, y entonces he sabido que la menor de sus faltas de usted era la infidelidad.

SERGIO ¡Micaela! No me juzgues sin oirme. No te dejes llevar por los que tienen interés en perderme. ¡Déjame justificarme!

MIC. ¿Y cómo? ¿Cómo justificará usted los desórdenes que nos conducen á la ruina, á algo peor quizá? ¿Cómo justificará usted la traición de que he sido víctima, cuando hace seis meses, en Niza, estuve expuesta á sorprender á usted en los brazos de mi rival?

SERGIO ¿A mí?

MIC. No lo niegue usted. Yo lo ví. (Llora.)

SERGIO Pues bien, sí, Micaela, soy culpable, y no tendría palabras para defenderme si no estuviera dolorosamente arrepentido de cuanto he hecho. He sido ingrato, indigno. Pero mi castigo es tremendo. ¡Micaela! ¿no me ves consternado, sumido en la más terrible desesperación? ¿No me oyes, alma de mi alma?

MIC. ¡Desgraciado! Apelas á mi corazón después de haberlo hecho pedazos. A mi corazón, que era tuyo, que sólo servía de tabernáculo para celebrar el culto en que te adoraba como mi único Dios. ¿Y tú qué has hecho? Te has deleitado destruyendo todas mis ilusiones, pisoteando, arrancándome la inmensa ternura que te profesaba... hasta que lo has arrasado todo, ¡todo!

SERGIO No. ¡Imposible, Micaela! Yo borraré todas mis faltas. ¿Acaso no nos pertenece el porvenir?

MIC. ¿Qué habla usted del porvenir, cuando apenas podemos disponer del día de hoy, cuando está usted amenazado tan gravemente, cuando cada hora que pasa arrecia el peligro? Sean las que fueren las amargas causas de mis quejas, no he podido sustraerme al interés que me inspira su seguridad de usted. Acabo de burlar la vigilancia de mi madre, y vengo, sin que ella lo sepa, á prevenirle á usted del riesgo que le amenaza.

SERGIO ¿Lo ves? ¿Ves como tu madre trata de separarnos? ¡Me odia!

MIC. No la acuse usted; sería injusto é inútil. Ahora que estamos en la desgracia podrá usted verla venciendo las dificultades, desafiando el peligro. Haga usted por su parte cuanto debe, facilite usted su tarea, que yo respondo de que mi madre no retrocede ante nada ni ante nadie cuando se trata del honor.

SERGIO ¿Qué debo hacer?

MIC. Partir sin pérdida de momento.

SERGIO Y si consiento en ello, ¿vendrás conmigo?

MIC. Si usted lo exige... es mi deber y sabré cumplirlo.

SERGIO Está bien. Aunque sea muy cruel todo lo que acabas de decirme, debo darte las gracias. (Pequeña pausa. Micaela se dirige hacia la puerta.) ¡Micaela! ¿Me dejas así? ¿Qué debo esperar de tí?

MIC. El silencio para lo pasado... y si puedo... ¡el olvido! ¡Nada más! (Sale por el foro.)

ESCENA VII

SERGIO, solo

Todo cuanto podía servirme de apoyo se derrumba. Todo... todo. (Abatido. Pausa. Coge un revólver del mueble de la izquierda. Con energía.)

Entonces... esto. (Dejándole sobre la mesa. Tranquilizándose rápido.) ¡Bah! Para eso... siempre hay tiempo.

ESCENA VIII

SERGIO y después PEDRO

CRIADO (Anunciando.) El señor Delarue.

SERGIO (¡Pedro aquí!...) Que pase. (Entra Pedro.) ¿A qué debo el honor de esta visita, caballero?

PEDRO ¿No me esperaba usted?

SERGIO No.

PEDRO (Irónico y provocador.) Es muy extraño. En el seno de esta familia honrada, en donde usted entró por mi culpa, viene usted siendo la causa de todas las desgracias y de todos los oprobios.

SERGIO ¡Caballero!

PEDRO ¿Y todavía no se le ha ocurrido á usted pensar por qué habré tenido yo la paciencia de permitirle que torturase impunemente á esas dos pobres mujeres?

SERGIO (Con altivez y recobrando toda su sangre fría.) Encuentro á usted demasiado provocador. ¿Con qué derecho me habla usted así?

PEDRO (Con gravedad.) Yo era el prometido de Micaela cuando tuvo la desventura de enamorarse de usted. He aquí mis títulos. Pudiendo casarme con ella sacrifiqué mi amor al suyo: he aquí mi derecho. Y en nombre de su porvenir roto y de mi felicidad perdida, vengo á pedir á usted estrecha cuenta...

SERGIO (Con desprecio.) ¡Bah! (Se sienta volviéndole la espalda.)

PEDRO ¿Comprende usted? Me constituyo en defensor de ambas. (Sonriente y amenazador.) Y voy á tratar de desembarazarlas de usted.

SERGIO (Siempre irónico y despreciativo.) Tendría curiosidad de saber cómo.

PEDRO Del modo más sencillo. Es preciso que antes de ser de noche abandone usted París, so

pena de ser preso. Partiremos juntos, ganaremos la frontera y una vez allí le haré á usted el honor de batirse conmigo. Si la suerte de las armas favorece á usted, podrá continuar libremente sus infamias, (Sergio se levanta.) pero al menos habré hecho cuanto de mí depende para impedirlo.

SERGIO — Está usted loco. (Burlón.) ¿Un duelo con usted, en el momento en que tengo mayor necesidad del apoyo de mi querida madre política?

PEDRO — (Colérico.) ¿Rehusa usted?

SERGIO — Naturalmente. (Con frialdad.) Hoy debo ser indulgente... Me place olvidar cuanto he oído.

PEDRO — Le contaré á todo el mundo que usted no quiere batirse.

SERGIO — Y como todo el mundo me conoce nadie lo creerá.

PEDRO — (Amenazador.) ¡Príncipe!

SERGIO — (Con rapidez.) Concluyamos. Me fatiga usted con sus alardes. Estoy en mi casa, y va usted á salir de ella inmediatamente.

PEDRO — Con usted, sí.

SERGIO — Sea, puesto que usted lo quiere... ¡Tanto peor para usted!

PEDRO — ¡Al fin!

SERGIO — Vamos. (Dirigiéndose ambos hacia la puerta para salir.)

ESCENA IX

DICHOS y MARCELA

MARC. — (Por el foro, interponiéndose.) ¡Pedro, hijo mío! Déjanos solos... ¡Vete!

PEDRO — ¡Señora!

MARC. — Te lo mando... y te lo ruego...

PEDRO — (Dominándose.) Está bien. (Volviéndose á Sergio.) Ahí afuera le espero. (Sale por la izquierda. Pausa.)

MARC. — ¿Hubiera usted matado á ese pobre muchacho tan leal, no es cierto?

SERGIO Señora... Que se vaya y le perdono. Yo no he ido á provocarle. (Pausa.)

MARC. Acabo de ver á mi hija que ha ido á interceder por usted. Desgraciadamente es demasiado tarde. Está usted en manos de la justicia y nada puedo hacer ya.

SERGIO Entonces, ¿á qué viene usted?

MARC. A resolver una duda. Nosotros los comerciantes, cuando caemos en quiebra irremediable, procuramos lavar con sangre nuestro nombre manchado. ¿Qué hacen los aristócratas cuando están deshonrados?

SERGIO (Con ironía.) Si no me equivoco, señora, tiene usted la bondad de preguntarme cuáles son mis proyectos... Voy á responder á usted categóricamente. Tengo intención de alejarme de París por algún tiempo. Después, ya veremos. En cuanto á mi mujer, como á pesar de todo, cuento con ella, me acompañará.

MARC. (Animándose gradualmente.) Mi hija no se separará de mi lado.

SERGIO Como usted guste... En ese caso vendrá usted también con nosotros... Esta nueva combinación me agrada en extremo... Desde que he caído en la desgracia, empiezo á desear las dulzuras de la vida de familia, que son verdaderas compensaciones...

MARC. ¿Nosotras al lado de usted? ¡Jamás!

SERGIO Entonces, ¿qué es lo que usted desea?

CRIADO (Entrando.) ¡Señor! (Entrega una tarjeta á Sergio que después de leerla, cae abatido sobre la silla de la derecha de la mesa. Marcela coge la tarjeta; la lee y la arroja sobre la mesa con desesperación.)

MARC. ¿Lo ve usted?... ¡Viénen á prenderle!

SERGIO (Levantándose rápido.) ¿Prenderme? ¡A mí! Por aquí puedo huir. (Señalando á la derecha.)

MARC. ¡Imposible! Están vigiladas todas las salidas hace ya tiempo...

SERGIO Pues bien, usted me sacará á flote. No dejará usted que los tribunales condenen á su yerno.

MARC. Mi yerno no irá al banquillo de los acusados ni aun para ser absuelto.

SERGIO Entonces, ¿qué quiere usted que haga? (Mar-

cela le indica con el gesto el revólver.) ¡Matarme! (Riendo á carcajadas.) ¡Já, já!..

MARC. ¡Miserable!... Creí que los Panine sabían morir.

SERGIO Le consta á usted que me jugado muchas veces la vida... (Coge el revólver.) Ahora mismo, hace un momento, he pensado en morir. Pero quiero vivir... Después de todo, ¿qué me importa? que vengan... Aquí espero. (Vuelve á dejar el revólver sobre la mesa.)

MARC. ¡Dios mío!... ¡Qué desgracia! ¡La infamia, la deshonra, todo cuanto he logrado evitar durante mi vida entera de trabajo honrado, ahora cae sobre mí!... ¡Ah! ¡Jamás! (Sergio saca tranquilamente del «secreter» un paquete de billetes del Banco que guarda en un bolsillo.) ¡Y todo por él! ¡por ese canalla!... Mi razón flaquea.. ¡Me espantan mis propias ideas!... ¡Tengo miedo de mí misma! (Sergio atraviesa la escena y se dirige hacia la puerta de la derecha, Marcela se interpone furiosa escitadísima, enloquecida y delirante)

SERGIO Déjeme usted pasar.

MARC. ¡No saldrás!

SERGIO ¡Está usted loca!

MARC. ¡Sería preciso arrancarme de aquí. (Agarrándose á la puerta con las manos crispadas)

SERGIO ¡Fuera! (La coge por la cintura y por el cuello.)

MARC. (Luchando desesperadamente hasta llegar al centro de la escena.) ¡No saldrás vivo!

SERGIO ¡Déjeme usted! (Rechaza con violencia á Marcela, que choca y cae sobre la mesa en que se apoyaba para oponerse á la salida de Sergio. Al caer contra la mesa, su mano derecha tropieza con el revólver y le coge, Sergio abre la puerta y en el momento en que va á salir, Marcela le apunta y hace fuego; tira lejos de sí el revólver y retrocede tapándose la cara con espanto y lanzando un grito. Sergio, tambaleándose, llega hasta el centro y cae muerto delante del canapé. Pedro entra corriendo por la puerta de la izquierda y ve caer al príncipe. Se inclina sobre él y le reconoce.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, PEDRO y EL COMISARIO

PEDRO (Poniéndose en pie.) ¡Muerto! (El Comisario entra por el foro; al verle Pedro dice:) Al saber que venían á prenderle... ya lo ve usted, señor Comisario, ¡el príncipe se ha suicidado!

TELON

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Del año uno, (*) juguete cómico en un acto y en prosa.

El enigma, (*) drama en tres actos y en prosa, arreglo del francés.

La Walkyria, (*) traducción castellana del drama lírico en tres actos, de Ricardo Wagner.

Sigfredo, (*) íd., íd., íd.

Sansón y Dalila, (*) íd., íd., íd., poema de Fernando Lemaire, música de Camilo Saint Saëns.

El príncipe Sergio, traducción castellana del drama en cinco actos y en prosa, escrito en francés por Jorge Ohnet.

Inés de Castro ó reinar después de morir, (*) adaptación lírica en tres actos y cuatro cuadros de la «comedia famosa» de Vélez de Guevara, música de los maestros Calleja y Lleó.

Arlequín rey, adaptación á la escena española del drama en cuatro actos y en prosa de R. Lothar.

La condesa X, (*) juguete cómico en dos actos y en prosa. (Segunda edición).

Máscaras, (*) traducción española del drama en un acto y en prosa de Roberto Bracco.

El secreto de la esfinge, (*) adaptación á la escena española en tres actos y en prosa de un drama de Octavio Feuillet.

El trágala, (*) episodio histórico en un acto dividido en tres cuadros; música de los maestros Calleja y Lleó.

Macbeth, (*) adaptación á la escena española en cuatro actos y cinco cuadros, del drama trágico de Shakespeare.

Como las hojas secas, traducción española de la comedia en cuatro actos y en prosa, escrita en italiano por J. Giacosa.

Tristes amores, traducción española de la comedia en tres actos y en prosa, escrita en italiano por J. Giacosa.

Todas las marcadas con (*), están escritas en colaboración.



